

¿SURGIÓ LA MUERTE DEL ATAUD?

ADA CORETTI

«Todos solían decir, al pasar por la carretera junto a aquella pequeña localidad, perdida en medio de montañas, áridas y desoladas como un páramo, que había algo que estremecía hasta más adentro de la mismísima médula.

Tales unánimes comentarios no resultaban exagerados, pues había algo de macabro, de siniestro, en aquella niebla que ahogaba el ambiente.

Una niebla hecha jirones que se pegaba a las puertas y a las ventanas, que rastreaba el suelo, que casi privaba de respirar, y que parecía estar previniéndoles de algún terrible maleficio, que antes o después hubiera de abatirse sobre ellos».



Ada Coretti

¿Surgió la Muerte del ataúd?

Bolsilibros: Selección Terror - 122

ePub r1.2
xico_weno 31.08.16

Título original: *¿Surgió la Muerte del Ataúd?*
Ada Coretti, 1975
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Todos solían decir, al pasar por la carretera junto a aquella pequeña localidad, perdida en medio de montañas, áridas y desoladas como un páramo, que había algo que estremecía hasta más adentro de la mismísima médula.

Tales unánimes comentarios no resultaban exagerados, pues había algo de macabro, de siniestro, en aquella niebla que ahogaba el ambiente.

Una niebla hecha jirones que se pegaba a las puertas y a las ventanas, que rastreaba el suelo, que casi privaba de respirar, y que parecía estar previniéndoles de algún terrible maleficio, que antes o después hubiera de abatirse sobre ellos.

Roger Molden se dirigió hacia allí, guiado simplemente por la curiosidad, pero no pudiendo menos de pensar de ese lugar lo mismo que ya habían pensado otros.

Detuvo el coche en un lugar cualquiera, y se apeó al ver que allí cerca había una taberna.

El interior de la misma era tal y como había supuesto antes de entrar. Tosca, ruda, con un propietario en consonancia. Había tan sólo cuatro o cinco clientes.

Debido a que los parroquianos no eran muchos, Roger Molden, joven, alto y fuerte, de mirada inteligente, detective privado de profesión, reparó en el acto en la muchacha…

Una muchacha rubia, bonita, que estaba junto a la barra y que tenía ante sí una buena copa de *brandy*.

Se quedó mirándola. Y vio cómo la mano le temblaba ostensiblemente, por lo que el *brandy* tuvo un brusco vaivén, antes de llegar a su boca, donde fue ingerido casi de un trago, provocando, como consecuencia, una tos repentina, que demostraba a las claras que no estaba acostumbrada a tal clase de bebida.

—Yo, de usted, hubiera pedido una limonada. —El joven se le había acercado, con desenvueltos ademanes—. Una limonada le hubiera sentado mejor.

—Sí, sí…, claro —asintió ella, tosiendo aún.

—¿Sabe? —La miró de arriba abajo, con gesto de aprobación—. Tiene usted mucho parecido físico con una chica que yo conozco. Por cierto, a esa chica, lo que le sientan mal son las bebidas inofensivas. Sólo tolera el *whisky*, y, mejor, si es por partida doble.

—¿Es su novia? —preguntó ella.

—Si quiere decirlo así… —bromeó—, para que resulte más fino…

—¡Ah, ya, su amiga!

—Una de mis amigas —detalló.

—Lo dice como si las tuviera a docenas.

—Tanto como eso… —Chasqueó la lengua—. Desde luego, no me faltan.

—Vaya, se las da de irresistible.

—Más que dármelas, creo que lo soy un poco. Bueno, no todo va a ser pasarlo mal, ¿no cree?

—Supongo… En fin, eso es cosa suya —y dejó de mirarle, queriendo cortar la conversación.

Pero él no estaba pensando en eso. Dijo:

—Le he parecido un pedante, y quiere dejar de hablar conmigo, ¿verdad?

—No es eso —dijo ella—. Es que…

—¿Le sucede algo? —preguntó, con interés.

—Necesito centrarme y cobrar ánimos. —Sin apenas darse cuenta, se encontró alzando la mirada y sincerándose con él—. La verdad es que estoy un poco asustada…

—Si puedo ayudarle en algo, estoy a su disposición.

Su expresión se había hecho seria, había cambiado radicalmente.

—Es usted muy amable, señor…

—Molden. Roger Molden.

—Yo me llamo Doris. Doris Scott —se presentó a su vez—. Bueno, no me haga mucho caso por lo que acabo de decirle. Suelo impresionarme por cualquier cosa, siempre he sido muy miedosa. Ya desde pequeña…

Se interrumpió, al ver que se acercaba el tabernero. Prefería que

no le oyera. No quería dar que hablar.

—¿Qué le sirvo?… —preguntó el tabernero, dirigiéndose a su nuevo cliente.

—Una cerveza —y Roger Molden, una vez la tuvo servida, la pagó, pagando asimismo la consumición de la muchacha. Luego, se agachó para recoger la maleta que ésta llevaba, y sin más, agregó—: Ahora mismo nos vamos de aquí, usted y yo. Fuera me cuenta lo que le pasa…

—Si no es nada, de veras —repuso la muchacha, un poco azorada. Ya estaban en la calle—. Ha hecho mal tomándome en serio, aunque le agradezco su interés.

—Yo diría —estuvo mirándola con atención— que está asustadísima… La veo tan pálida…

Se desarmó la entereza de la muchacha. La que le quedaba. ¡Le quedaba tan poca!

—Sí, creo que tiene usted toda la razón del mundo. Estoy asustadísima… Por eso he pedido el *brandy*, para que el ánimo me entrara en el cuerpo. Pero, de momento, no noto los efectos.

—Confiese a mí.

No cabía duda, aquel joven le infundía confianza. Por lo que de nuevo se vio inducida a hablar, a sincerarse:

—Verá… Acabo de regresar a este lugar, después de más de un año de ausencia…

Se habían detenido, todavía, a escasos metros de aquella tosca taberna. Donde a aquella hora incierta del atardecer, la niebla empezaba ya a difuminar el contorno de las casas.

—Siga, Doris… —Y con su innata desenvoltura—: La llamo por su nombre, porque lo tiene precioso.

—¿Ve ese caserón?… —se lo indicó con un gesto—. Ése, el que está enfrente, el que casi parece deshabitado. Pues allí crecí yo, en compañía de mis hermanos… Bueno, debo aclararle el hecho de que no son realmente mis hermanos. Sus padres me adoptaron, e incluso me dieron su apellido. Pero nunca me quisieron, nunca me trataron bien; siempre fui la menospreciada, la que recibía todos los malos tratos… Hasta que ellos murieron, y entonces el abuelo se encargó de todos nosotros.

—Imagino a un abuelo maravilloso —repuso Roger, por decir algo—. ¿No es eso?

—No, no es eso —denegó con un gesto—. Ni mucho menos. De maravilloso no tenía nada. Era un hombre trastornado, obsesionado por una idea fija…

No esperó a que Roger le preguntara qué idea era ésa. Se dispuso a decírselo. Puesta a sincerarse, no podía dejar de omitir este pormenor:

—Le recuerdo, desde que tuvo uso de razón, gritando a mis hermanos, Martin y George, diciéndoles que eran débiles, cobardes, pusilánimes… Y diciéndome otro tanto a mí… Con sinceridad, nunca pude sentirme a gusto a su lado. Tal vez porque, a menudo, para fortalecer y robustecer nuestro carácter, nuestra firmeza, según decía, nos exigía cosas muy desagradables… Por ejemplo, nos enseñaba su ataúd… El ataúd donde meterían su cuerpo cuando muriera, y nos hacía coger un paño y quitarle bien el polvo… Yo siempre acababa llorando… Mis hermanos, no; ellos se contenían… Pero ir creciendo en semejante compañía resultaba insoportable… Por eso, así que fui mayor de edad, decidí dejar esto para siempre…

—Hizo bien —dijo George—. Por todo lo que me cuenta… Pero ¿por qué ha vuelto?

—Mi abuelo ha muerto esta mañana. Mis hermanos me han telefoneado haciéndomelo saber. Así que he llenado esta maleta, con lo más preciso, y he cogido el primer autocar.

—Comprendo.

—No, no comprende exactamente. —Un temblor mal contenido agitó la voz de la muchacha—. Se trata de que mi abuelo nos ha legado, a mis dos hermanos y a mí, la totalidad de su fortuna, dividida a partes iguales. Pero existe una condición, una cláusula… Si no la cumplimos, el dinero no será nuestro. Y conociendo a mi abuelo, presiento que esa cláusula será horrible…, horrible…, horrible…

Repitió la palabra varias veces, como si quisiera asimilarla y considerarla hasta sus más recónditas y estremecedoras consecuencias.

* * *

—Creo que tiene sobrados motivos —opinó Roger Molden— para no sentirse muy optimista. De todos modos, quizá sus temores no se vean cumplidos y… —se interrumpió a sí mismo—. En fin, sea

como fuere, yo no puedo dejarla sola en un trance así. Me ha caído usted simpática, y por nada del mundo me perdonaría un acto de negligencia. Mientras no sepa realmente a qué atenerse, yo me quedo a su lado vigilándola.

—¡Oh, es usted muy amable! —Exclamó Doris—. Sin embargo, voy a reunirme con Martin y George… Aunque nunca nos hemos llevado demasiado bien, tratándose de ellos, no creo…, no creo… que deba abrigar recelos…

—En efecto, no debe sentirse asustada antes de tiempo. Pero por si acaso, ¿por qué no me lleva en su compañía? Con decir que soy su prometido, todo arreglado. ¿Qué le parece?

—No, no… —Doris se ruborizó.

—¿Por qué no? Sería como si hubiera contratado a un detective privado —y pensó que nunca más ajustada una expresión.

—No, no… —volvió a vacilar.

—Se lo ruego. —El tono de Roger Molden acusó cierta gravedad —. Acepte mi ayuda. Piense que puede necesitarla…

—Gracias —musitó la muchacha, mirándole con gratitud—. Muchas gracias.

—Esto quiere decir que acepta, ¿verdad?

—Ya que es usted tan amable…

—Es un placer serlo, créame.

Pero antes de hacer sonar el aldabón de aquella puerta, que parecía enmohecida, Doris se detuvo y observó la vivienda, pobre, mísera, que se hallaba situada a unos veinte metros de allí, junto a un barranco.

Esos veinte metros eran sólo un trozo de tierra seca, árida, dividida por una valla de madera carcomida por la humedad. En un par de sitios, ni valla existía ya.

—¿Qué le sucede?… —quiso saber Roger, que supo comprender, por la actitud de la muchacha, que un motivo especial justificaba su atención.

—En esa mísera casa vive Judy —se limitó a decir.

—¿Quién es Judy? —le preguntó.

—Una joven que es odiada por todos los de mi casa.

—¿Por usted también?

—Sí… Creo que sí… A ella le debemos una gran desgracia. Por su culpa —especificó— murió Robert.

—¿Quién era Robert?

—Mi hermano mayor. Bueno, el hermano de Martin y George. Hace ya más de un año que murió.

—¿Qué hizo esa tal Judy para ser la causante de su muerte?

—Jugó con sus sentimientos —dijo Doris— de la manera más frívola e inconsciente del mundo. Después, como si nada, le dejó por otro… Por el siguiente… Mi hermano se volvió loco de desesperación y acabó cogiendo una pistola y levantándose la tapa de los sesos.

CAPÍTULO II

Al poco de hacer sonar el aldabón, oyeron que era descorrido el cerrojo y, acto seguido, vieron cómo la puerta se entreabría, dejándose ver el criado de la casa. Un viejo de cabellos muy blancos, de rostro arrugado, algo encorvado, que en seguida reconoció a la muchacha:

—¡Señorita Doris!

—¿Qué tal estás, Christopher? Me alegra volver a verte —e indicando a Roger—: Es mi prometido.

—Hola —saludó éste, con desenvoltura.

—Buenas tardes, señor —el criado hizo una respetuosa inclinación de cabeza. Luego, volvió a dirigirse a la muchacha—: Sus hermanos están en la sala, esperándola.

Hacia allí se dirigieron.

Roger Molden no quedó muy bien impresionado, al conocerles. Muy a pesar suyo, pues, ciertamente, hubiera deseado que fuera otra la impresión recibida.

Martin tendría unos veinticinco años, y era de mediana estatura, de cabellos castaños, sin que nada en él destacara de forma especial. Pero, eso sí, su expresión inducía a desconfiar de sus intenciones, aunque tal vez fuera, tan sólo, que se cerraba dentro de sí mismo porque era él quien no se fiaba de los demás.

George tendría un año menos que Doris, unos veinte o veintiuno. Era alto, algo desgarbado, tiraba a rubio. Parecía tener por costumbre no mirar de frente.

Ambos saludaron con bastante amabilidad al prometido de Doris, aunque tampoco habían de dedicarle mucha atención, ya que, había que comprenderlo así, el momento no era el más idóneo para dedicarlo a atenciones.

—En el despacho te espera el notario —le hizo saber George, al

poco—. A nosotros ya nos ha leído el testamento. Ahora faltas tú.

—¿Cómo…? —inquirió Roger Molden, interviniendo—. ¿Ya han sido leídas las últimas voluntades del difunto? Tenía entendido que eso se hacía después del entierro.

—Este caso es particular —repuso Martin—. Por expreso deseo de nuestro abuelo, sus últimas voluntades habían de ser leídas a las pocas horas de haber acaecido el óbito.

Sólo entonces se dio cuenta Doris de que sus hermanos estaban tan pálidos, tan lívidos, que, evidentemente, era como si en la casa hubieran dos cadáveres más.

—¿Sucede algo malo? —preguntó, ya asustada, antes de ser informada de nada.

—Sí —dijo Martin.

—Sí —repitió George.

—Pero, bueno, ¿qué sucede?… —insistió, sintiéndose cada vez más asustada.

A su pregunta respondió Martin formulando otra:

—¿Sabes quién está en el despacho? —Y tras un respiro hondo —: Judy.

—¿Judy…? —El asombro de la muchacha no pudo ser mayor—. ¿Ella, en esta casa? No lo comprendo… ¿Y qué hace Judy aquí? ¡Cómo le habéis permitido…!

—El señor Cárter, el notario de nuestro abuelo —repuso George —, te lo explicará todo. A nosotros ya nos lo ha explicado. Judy también está ya al corriente.

—Podéis adelantarme algo, ¿no?

—El señor Cárter te está esperando —se limitó a decir George—. Le hemos asegurado que no tardarías en llegar. ¿Vamos?…

—Un momento, por favor —dijo Doris, mientras se esforzaba por equilibrar su estado de ánimo—. Antes deseo ver al abuelo. Supongo que no viene de un par de minutos.

—Yo te acompaño —le hizo saber Roger Molden.

La muchacha sabía el camino, así que se dirigió directamente hacia el dormitorio del abuelo, situado en el piso.

Pero antes de llegar a la escalera, Christopher se le puso por delante, comunicándole:

—Señorita Doris, su abuelo está ahora en otro aposento… —Y le informó al respecto—. Su cuerpo ha sido llevado a la habitación del

sótano…

—Pero ¡por Dios! —Se sofocó la muchacha—, ¿cómo han podido hacer una cosa así? Un cadáver merece respeto y…

—Nos hemos limitado a obedecer las órdenes de su abuelo —repuso Christopher, bajando la mirada—. De otro modo, nunca se nos hubiera ocurrido hacer semejante cosa, claro que no.

—Pero ¿qué sentido tiene que hayan sido ésas sus órdenes? —No lo sabía, pero se estremeció.

—El señor Cárter se lo dirá… —De nuevo, esta vez en boca del sirviente, el nombre del notario.

—Bien —quiso abreviar la muchacha—, vamos al sótano.

Al entrar en aquella habitación, donde sólo una bombilla brillaba, prendida del techo, se sintió sobrecogida por el miedo. Por un miedo en verdad inexplicable, ya que aún no había sucedido nada malo. Nada en absoluto.

Debió ponerse pálida, muy pálida, porque sintió la mano de Roger Molden en su brazo, presionando, queriendo, sin duda, infundirle confianza sobre sí misma.

El cuerpo de su abuelo se hallaba colocado sobre una vulgar mesa de cocina, cubierto con una sábana. Las piernas asomaban un buen trozo. Sus facciones, afiladas, cadavéricas, se perfilaban a través de la tela. En un extremo del cuarto había sido colocado un sillón. Esto era todo lo que había allí.

Doris rezó una plegaria.

—¿Quiere verle? —preguntó Christopher.

—Sí, sí… —dijo ella, pero no muy convencida de su asentimiento.

El criado se acercó a la mesa, y retiró un trozo de la sábana hacia abajo.

El cadáver tenía los ojos desmesuradamente abiertos, y las mandíbulas totalmente desencajadas. Su aspecto resultaba horrible, aterrador, pavoroso.

—Si ha quedado tan mal —dijo Christopher—, la culpa no ha sido de quienes le atendimos en los últimos momentos de su vida. El señor Scott quiso que no le tocásemos. Quiso aparentar lo peor posible…

—No comprendo —repuso Doris, experimentando la sensación de que el aire se hacía tenso hasta casi resultar irrespirable—. No

comprendo…

—¿Qué lleva en las manos? —preguntó Roger Molden, reparando en algo que se escapaba de lo corriente.

Era aquél un detalle que a la muchacha le había pasado desapercibido. Había algo en las manos del cadáver. Algo que, ciertamente, no era un rosario.

Era un enorme y descomunal cuchillo de cocina. A todas luces, a juzgar por sus reflejos, recién afilado.

—El señor me pidió que no me olvidara de ponérselo —dijo Christopher.

—¿Cómo dices…? —inquirió, pero había oído perfectamente.

Sólo que no terminaba de creérselo, o tal vez simplemente de admitirlo. ¡Resultaba, tan insólito!

—Su abuelo, señorita Doris, se pasó la vida temiendo a un hombre, a un tal Warren Gementton. —El viejo criado de la casa le estaba hablando de ello por primera vez en su vida—. Temiendo que viniera a vengarse de él… Por eso, quizá, cuando se sintió enfermo, cuando se sintió morir, su abuelo hizo que me acercara a su lecho y me dijo: «Warren Gementton vendrá ahora a hacerme daño. Tan pronto esté muerto y me halle inmóvil en mi ataúd… Pero no, ni siquiera en esas condiciones voy a darme por vencido… Así que muera, ponme entre las manos uno de los cuchillos de la cocina. El más grande, recién afilado. De este modo podré defenderme de él… No te olvides de hacerlo, mi buen Christopher». Y yo me he limitado —concluyó diciendo el criado— a obedecer las órdenes de mi amo.

—Has hecho bien —dijo Doris, tras sacudir la cabeza para despejarse un poco. O por lo menos para intentarlo—. De todos modos, resulta absurdo cuanto acabas de decir. Absurdo y ridículo… Supongo que te das cuenta.

—No sé —repuso Christopher—, no sé qué pensar, señorita Doris… Me he pasado la vida oyendo decir a su abuelo que Warren Gementton aparecería en el momento más inesperado… Así que ahora no me atrevería, en modo alguno, a calificar de absurdo, ni de ridículo…

—Nadie se venga de un cadáver, porque sería como no vengarse de nadie. —Pero la voz de la muchacha salió más insegura de lo que ella hubiera deseado—. Por lo demás, aún admitiendo que

sucediera semejante cosa, que ya es mucho admitir, ¿de qué le iba a servir el cuchillo? Un cadáver no puede defenderse.

—Su abuelo pensaba de distinta manera, señorita Doris. Su abuelo… Bueno, para muchos era un hombre extraño, muy extraño, dé reacciones insólitas, incomprensibles… Desde luego, en esta ocasión lo ha demostrado… Al redactar el testamento…

—¿Qué sabes tú del testamento? —Le preguntó la muchacha—. El notario ya lo ha leído a mis hermanos, ¿no es eso?

—Sí, señorita Doris. Y yo estaba presente. Con sinceridad, me he quedado como si me arrancaran la piel a tiras…

Pero Christopher no dijo ni una sola palabra más. Tal vez suponiendo que había hablado ya demasiado.

—Salgamos —dijo Roger Molden a la muchacha—. Ya has estado bastante aquí dentro. Y serénate, Doris, porque me parece que vas a necesitarlo…

Levantó sus bonitos ojos hacia su «prometido», intentando agradecerle con una mirada su presencia allí, a su lado.

—Vayamos al despacho, ¿te parece, Doris? Así saldrás de dudas de una vez.

—Sí, Roger —dijo ella—, tienes razón. Cuanto antes sepa a qué atenerme, tanto mejor.

CAPÍTULO III

En cuanto entraron en el despacho, los ojos de Roger Molden dieron con Judy, demasiado atractiva y deseable para que su mirada no reparara en ella en el acto.

Tendría unos veintidós años, y las curvas de su cuerpo eran sumamente acusadas, aunque a la vez deliciosamente moduladas. Sus piernas eran largas, erguidas, sencillamente sensacionales. Debía saberlo de sobras, porque las lucía generosamente, pues llevaba una falda cortísima. En cuanto a sus ojos, eran oscuros, de profundo, deshonesto y arrebatado mirar. En fin, toda su belleza resultaba maravillosa, aunque a la vez agresiva y turbadora como una mala tentación.

Sí, a Roger Molden, apasionado por naturaleza, no le quedó otro remedio que comérsela con la mirada, así que la tuvo delante. Era inevitable que sucediera de tal modo.

Judy sabía la admiración que causaba, y solía responder a las miradas de los hombres de una forma un poco burlona, displicente, casi despreciativa.

Pero con el joven y apuesto Roger Molden se separó un poco, más que un poco, del sistema trazado. Su metro ochenta, su atlética figura, parecieron calarle hondo. Debido a esto, sin duda, fue la sonrisa que asomó a sus labios.

A Doris no le gustó nada la atención que Judy despertaba en Roger Molden, y menos aún la sonrisa insinuante con que ella le correspondió.

Sin embargo, el momento no era para sentirse celosa. Lo que bien mirado hubiera sido una solemne tontería. Roger Molden no era su prometido, aunque así lo estuvieran haciendo creer a los demás. No tenía, pues, por qué sentirse enojada, ni molesta, ni tan siquiera incómoda.

Reparó a continuación en los sujetos que se hallaban allí, sentados en sendos sillones. Asientos de los que se habían levantado al verla entrar a ella.

Resultaron ser los testigos. Tres hombres ya mayores, de aspecto sumamente responsable.

Ellos debían dar fe y constancia de que eran llevadas a cabo estrictamente las condiciones exigidas por el difunto señor Scott. Sólo así podrían cobrar los herederos.

El notario, señor Cárter, se había levantado asimismo de su asiento, situado tras la mesa del escritorio. Se dirigió a la muchacha, estrechándole amablemente la mano y diciéndole que la esperaba para leer de nuevo el testamento de su abuelo.

—Queda usted por saber su contenido…

* * *

Así que lo supo, a Doris le dieron tentaciones de echar a correr. De echar a correr a la desesperada, para que nadie pudiera darle alcance.

¡Aquello era como para sentirse estremecida y aterrorizada hasta el final de sus días! ¿Cómo había podido el abuelo concebir una idea tan tétrica, tan siniestra…?

Ella al menos no se veía capaz de resistir aquello. Una y mil veces, no. Así perdiera la tercera parte de la herencia.

Sentía en sus oídos, como auténticos martillazos, las palabras que acababa de oír:

«Cada uno de mis nietos deberá permanecer a solas, y a oscuras, por espacio de ocho horas seguidas, en el aposento en que se halle mi cadáver, que será, por expresa voluntad mía, la habitación del sótano. La puerta será cerrada con llave, por fuera. Podrá cada uno de ellos, para aligerar la tensión emocional que posiblemente experimenten, llevar consigo una caja de cerillas. Pero en esa caja sólo habrá tres fósforos. Ni uno más».

—¡No! ¡No! —exclamó Doris, sin importarle que la oyeran, desatados sus nervios más de la cuenta.

—Repórtate —susurró a su lado Martin—. Comprende que no podemos negamos. De no cumplir estrictamente esta cláusula, ya sabes adónde irá a parar el dinero.

Lo sabía perfectamente. Las palabras escuchadas hacía unos

minutos, seguían clavadas en sus oídos, como tañidos que hubieran desgarrado sus tímpanos.

«El que sea que no pase la prueba aludida, demostrando que es un ser débil, cobarde y pusilánime —se veía claramente que había sido el propio abuelo quien había redactado el testamento—, quedará simultáneamente excluido del testamento. En tal caso, su dinero será repartido entre mis otros nietos. Pero si todos ellos dejaran de satisfacer mi último deseo, en tal caso mi fortuna íntegra sería para Judy…».

—¿Comprendes, Doris? —La voz de George sonó muy queda, para que sólo ella pudiera oírle—. No podemos consentir que el dinero vaya a parar a manos de esa maldita mujer. Por su culpa perdimos a Robert… ¿Acaso lo has olvidado?

—No, claro que no.

Martin dijo:

—Vale más que vayamos los tres a la sala. Allí podremos hablar con más libertad. Les rogamos —añadió, dirigiéndose al resto de los presentes— que nos concedan unos cinco minutos. A su término les diremos algo en concreto.

—De acuerdo —dijo el señor Cárter—. Quedamos a la espera de sus respectivas resoluciones.

Roger Molden permaneció donde estaba, comprendiendo que, dadas las circunstancias, en aquel momento era mejor que permaneciera netamente a la expectativa. Tiempo habría después, en todo caso, de intervenir en la medida que más o menos pudiera creer conveniente.

Pero los cinco minutos solicitados se convirtieron en un largo cuarto de hora.

A George y Martin les costó convencer a Doris, que se había puesto a temblar, y decía que ella no haría eso por nada del mundo.

No obstante, finalmente, consiguieron hacerle comprender que, por su propio bien, debía mostrarse valerosa y pasar la prueba impuesta. Era mucho el dinero que estaba de por medio. Resultaba enteramente absurdo dejarlo escapar.

—Además —repuso George— a manos de Judy no puede ir a parar ese dinero. De ninguna de las maneras. Sería una verdadera monstruosidad el que nosotros mismos la hiciéramos rica.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —añadió Martin—.

A Judy no ha de llegarle ni una sola libra. Pero ¡demonios! —Barbotó de pronto—, ¡qué mal rato nos espera! No cabe duda. El abuelo estaba obsesionado con la idea de robustecer nuestro carácter, nuestra firmeza… Sí, y esa idea suya era incluso obsesiva. La prueba está clara. Para que nos atrevamos a hacer lo que nos pide para que no flaqueemos, para que en definitiva seamos como él quería que fuéramos, nos ha puesto el nombre de Judy al otro extremo… Él sabía de sobras lo mucho que la odiábamos, tanto como pudiera odiarla él…

—Ha querido, a su modo, garantizarse el éxito —dijo a su vez George—. Pero lo que hagamos nosotros, no va a significar nada en concreto. El abuelo debió presumirlo, comprenderlo. Me refiero a que haremos el sacrificio que nos impone, por cobrar, sólo por eso, y luego volveremos a ser nosotros mismos. Si ciertamente no somos un dechado de valentía, así seguiremos siendo. Creo, en conclusión, que el abuelo no estaba muy bien de la cabeza.

—Olvidemos eso —resumió Martin—, y hagamos por cobrar la herencia. ¿No es esto lo más práctico?

—Sí, naturalmente —afirmó George, rotundo.

—Sí… Supongo que sí… —balbuceó Doris.

CAPÍTULO IV

Roger Molden se dio cuenta, tan pronto como la muchacha entró en el despacho, que había tomado la decisión de acatar la voluntad, del abuelo.

Que aquélla iba a ser la resolución adoptada por Martin y George, no le cabía la menor duda. Pero respecto a la decisión de la muchacha, sinceramente, había abrigado ciertas dudas.

Tuvo que reconocer que le contrariaba enormemente verla dispuesta a pasar ocho horas seguidas, a oscuras y a solas, con el cadáver. Hacerlo no debía ser tan sencillo como parecía, y ya ciertamente no lo parecía mucho.

Temió que el hecho en sí revistiera excesiva importancia. Y temió también y muy ciertamente por cierto, que sus consecuencias pudieran volverse contra ella misma.

Pero él, aunque deseaba ayudarla, no podía prohibirle que lo hiciera. Él no era nadie.

No obstante, Doris quiso saber cuál era su parecer. Por lo visto, los razonamientos de Martin y George no habían terminado de convencerla del todo.

Se acercó a Roger.

—¿Qué opinas tú? —le preguntó.

Él comprendió que debía ser sincero, enteramente sincero. La situación no daba cabida a otra cosa.

—Creo que es una locura, Doris.

—Pero si no lo hago, pierdo el dinero… —Su propio argumento le dio la sensación de flojo, de inconsistente.

—Ya lo sé. Aun así, sigo considerándolo una locura. Para afrontar con éxito una prueba de tal índole, hay que tener los nervios de acero. Dime, ¿los tienes tú hechos de este material?

—¡Oh, no! —reconoció—. Siempre he sido una chica asustadiza,

muy asustadiza.

—¿Entonces…? —Era como si quisiera apremiarla a que cambiara de idea—. ¿En qué lío vas a meterte?

—Voy a meterme en esa habitación, que creo que va a ser peor que meterme en un lío… Pero voy a hacerlo, tengo que hacerlo… Bien mirado —quiso darse ánimos a sí misma—, no puede pasarme nada malo. Los muertos no hacen daño a nadie.

Martin y George acababan de cruzar unas palabras con el notario, señor Cárter. Y éste, a continuación, requirió la atención de los presentes para comunicarles que los tres nietos del difunto señor Scott estaban dispuestos a respetar fielmente la cláusula establecida.

—Ahora sólo falta saber —puntualizó— en qué orden va a llevarse a cabo la condición exigida… Sugiero, en nombre de mi cliente, el difunto señor Scott, que se sorteen los lugares. De este modo todo se llevará a efecto en perfecto e intachable orden.

El sorteo dio el siguiente resultado:

Primero: Doris.

Segundo: Martin.

Tercero: George.

* * *

Los músculos quedaron tan envarados y tensos a partir de aquel momento, que a Martin no se le ocurrió otra cosa más oportuna que abrir la puerta y llamar al viejo criado, a Christopher, diciéndole que fuera a la cocina y ordenara que hicieran té para todos. Bien cargado.

El té, poco después, les fue servido por Anastasia. Una sirvienta de mediana edad, muy seca; sólo se le veían huesos por todas partes. Había entrado en la casa hacía ya bastantes años. Honradamente podía decirse que nunca había dado motivo de queja.

George había esperado que el té lo sirviera Anne, la nueva sirvienta, una muchacha metida en carnes, de mirada alegre, de rostro risueño, con mucho gracejo en el andar; y arrugó el ceño al ver que no era ella quien comparecía.

Martin reparó en el desagrado experimentado por su hermano, y una vez más se dijo que aquella Anne, quizá, acabase siendo su cuñada. Desde luego, había que reconocer que era una chica con un

encanto y un atractivo muy especiales.

Pero, bueno, no era aquél el momento adecuado para dejar volar el pensamiento en temas románticos.

Era muy otro el tema que les estaba agobiando y que, por lo demás, ciertamente, se hallaba al rojo vivo.

—¿Usted se quedará aquí esta noche? —Preguntó el notario a Judy, tras una pausa—. Puede hacerlo si lo desea, para ser una más, junto a los tres testigos exigidos, a comprobar y dar fe de si los deseos del difunto son o no llevados a cabo con absoluta fidelidad.

—Estaré un rato más —respondió Judy— y luego me iré a mi casa. Basta con la presencia de los tres testigos… En realidad —confesó seguidamente— cuanto se refiere a este testamento me viene ancho… Es algo tan inesperado… No termino de hacerme a la idea de heredar del abuelo Scott… Sé que no le inspiraba el menor afecto…

Doris no pudo menos de pensar: «Seguro que vuelve antes de las ocho horas. Querrá ver con qué cara salgo del cuarto del sótano. Querrá ver si salgo viva o muerta».

Su propia idea le hizo temblar aún más. Lo que ya es decir, pues desde que sabía que iba a ser la primera en tener que afrontar la prueba, estaba que hasta los dientes le castañeteaban.

—¿De veras estás decidida? —Oyó que le preguntaba Roger Molden.

—Sí… —musitó ella.

—¿No vas a cambiar de parecer?

—No…

—Como quieras. No insisto, pues en resumidas cuentas el dinero vas a heredarlo tú, no yo. Así que, es cosa tuya.

Minutos después, la muchacha se dio cuenta de que todos tenían la mirada clavada en ella.

Se hallaban pendientes de sus palabras, de su actitud, de cuanto hiciera o dejara de hacer, ya que a ella, en definitiva, era a quien ahora le correspondía…

Antes o después, claro, tenía que decidirse.

Tragó saliva. Cuando antes acabase con aquel embarazoso asunto, tantísimo mejor. Dijo:

—Estoy dispuesta. Ahora mismo voy a empezar a cumplir mi plazo de ocho horas.

Christopher la vio tan pálida, que debió creer que no era humano negarle un poco del aire de la noche, bueno, del atardecer, pues aún faltaban unos instantes para las siete y media, así que abrió la ventana situada junto a la muchacha.

Pero era bastante intensa la niebla del exterior y el ambiente del despacho incluso pareció empeorar. Aquella niebla se filtraba como un fantasma del pasado.

Sin embargo, lo más enervante, lo más electrizante, fue ver cómo Christopher se tambaleaba, cogiéndose al alféizar de la ventana, con ambas manos para evitar una caída.

—¿Qué te pasa? —Preguntó George, sin saber qué pensar—. ¿Qué demonios te pasa…?

—Ha parado un coche frente a la taberna… —murmuró el viejo sirviente, y tartamudeaba como un pobre beodo—. Se ha… ha apeado la persona que… que… conducía… Hay niebla, sí, ya lo sé, pero no me ha… ha costado reconocerle. Ese hombre es… es ¡Warren Gementton!

* * *

A Doris le daba la sensación, mientras se dirigía al sótano, que sus pies iban arrastrando gruesas cadenas. La verdad es que apenas podía andar. Sus pasos eran cada vez más cortos.

—Si te ves incapaz de resistirlo —le dijo Roger Molden, cuya frente se hallaba algo ensombrecida— pega con los puños en la puerta. Yo estaré toda la noche pendiente de ti. Exigiré que se te abra inmediatamente. ¿De acuerdo, Doris?

—Sí, Roger —intentó sonreír, sin conseguirlo, por descontado—. Y gracias de nuevo por todo.

Al entrar en la habitación sufrió un violento respingo, Esto ya de buenas a primeras.

Sobre la mesa de cocina habían ahora colocado el ataúd. Ese ataúd al que ella le había quitado el polvo en tantas ocasiones. En su interior se hallaba ahora el cuerpo frío de su abuelo, cuyas manos parecían sujetar, incluso con firmeza, aquel enorme cuchillo.

La tapa del ataúd estaba en el suelo, bajo la mesa, sin duda para que no estorbara.

El sillón, el que debía estar destinado al reposo de ella, y después al de Martin y George, permanecía, eso sí, en idéntico

lugar.

—¿Dispuesta…? —Inquirió uno de los tres testigos—. ¿Dispuesta, señorita Doris…?

—Sí… —musitó la muchacha y se situó junto al sillón.

Fue quitada la bombilla que pendía del techo. Estaba tan baja que no hizo falta recurrir a ninguna silla. Pero la habitación quedó sólo a media oscuridad, pues entraba claridad desde fuera.

—Tome la caja de cerillas.

Alargó la mano y presionó la caja entre sus dedos. Después dirigió una última mirada a Roger Molden, pero así que la puerta se fue cerrando, cerrando, cerrando, esa mirada se fue presurosa hacia el muerto. Como queriendo asegurarse de que no se movía, de que estaba quieto, de que, en conclusión, seguía muerto.

Cerrada ya la puerta, la oscuridad se hizo absoluta, tan absoluta que ni la sombra de sus propias manos podía ver.

Notaba tras sus rodillas el contacto del sillón. Poco a poco lo ocupó.

Luego quedó quieta. Completamente inmóvil. Erguida como si llevara un antiguo corsé de ballenas. Los ojos muy abiertos para, claro está, no ver nada.

Se esforzó por relajarse. En parte lo consiguió, pues logró reclinarse hacia atrás y apoyar la cabeza en el respaldo del sillón. Una postura relativamente cómoda.

Quiso cerrar los ojos, ya que tenerlos abiertos era un esfuerzo inútil. Pero sus párpados se rebelaban a su propio intento. Pensó entonces que había sido una tonta, que tenía que haber tomado un somnífero. Poder dormir un rato hubiera sido lo más piadoso que pudiera sucederle.

Hasta que…

Le pareció oír un leve sonido procedente del interior del ataúd. Desde luego, le hubiera resultado imposible saber qué clase de sonido había captado.

Giró la cabeza hacia el aludido lugar. Una tontería. No había de ver nada. ¿Qué iba a ver si a su alrededor todo era tenebrosa y siniestra oscuridad?

Se quedó escuchando. Y de este modo, prestando rigurosa atención, quedó nuevamente rígida.

El ruido se repitió. Sí, ya no cabía dudarlo. Alguien se había

movido.

Llena de miedo, de horror, las manos de Doris presionaron más y más la caja de fósforos.

La tensión resultaba verdaderamente insostenible. Encender una de las tres cerillas, sería, no cabía dudarlo, la medida más sensata y razonable.

Sacó la cerilla y, tras dos torpes intentos, consiguió encenderla.

La llamita resultó minúscula en medio de aquella inquietante, estremecedora y tétrica oscuridad, pero resultó suficiente, empero, para que la muchacha viera que el cuerpo del abuelo seguía inmóvil en medio del ataúd.

Hubiera querido que la llama de la cerilla durase una eternidad, pero antes de darse cuenta ya le quemaba los dedos. Tuvo que soltarla y en el suelo, tras unos titubeos, se apagó.

Y volvió la terrible oscuridad. Tanto más terrible cuando, al poco, le pareció que allí mismo, apenas a un par de pasos, sonaban unas pisadas.

Le dieron tentaciones de gritar desesperadamente… Pero no, tenía que ser valiente. Todo debían ser figuraciones suyas. Al encender la primera cerilla, ya lo había visto, nada había variado de posición. Todo estaba como antes.

Pero decidió encender la segunda cerilla. Aquello no había quien lo aguantara. Su tensión era tanta, que verdaderamente se notaba a punto de estallar.

Pero de puro asustada, todo ella estaba sudando a borbotones. También sus manos, y éstas habían humedecido, empapado, la caja de fósforos.

Cuando quiso encender la cerilla, resultaron totalmente inútiles sus intentos. Tras dos o tres tentativas, la cerilla perdió la cabeza sin haberse encendido.

Aumentó su nerviosismo y sacó la tercera, la última, que tampoco logró encender.

Volvió a sentir el ruido de unos pasos… Éstos, ahora, se alejaban. Alguien estaba abandonando la habitación.

Y si sólo estaban el muerto y ella, y si ella seguía en el sillón, ¿quién era el que se alejaba…?

Sólo podía ser el muerto.

Se levantó del sillón, aunque temblándole tanto las piernas, que

apenas podía tenerse en pie. A pesar de su pavor, alargó las manos y avanzó, tanteando en la oscuridad.

Se dirigió hacia donde sabía que estaba el ataúd. No, no tardó en dar con la madera. Y entonces, superando su alzada, metió las manos dentro…

Necesitaba saber si allí seguía el cuerpo frío y sin vida del abuelo.

Pero sus manos dieron con el fondo del ataúd, sin que tropezaran con ningún cuerpo. ¡Allí dentro no había nadie!

Capítulo V

El primero en irse había sido el notario; después lo hizo la joven y atractiva Judy.

Martin y George se quedaron juntos más de media hora, viendo si se desenvolvía bien la situación. Después se separaron. Decidieron retirarse a sus respectivos dormitorios.

—Aunque no duerma —dijo Martin, con tono opaco— al menos reposaré un poco. Luego me toca a mí…

—Y después a mí —añadió George.

Roger Molden se quedó de guardia, tal como había prometido a la muchacha.

Permaneció en la espaciosa sala, haciendo compañía a los tres testigos. Pero apenas había de cruzarse alguna que otra palabra entre ellos.

Transcurrido un rato más, también Christopher se retiró, como asimismo lo hicieron las dos sirvientas de la casa.

Todo quedó en silencio.

Pero Anastasia, la criada de mediana edad, seca, llena de huesos, no había de tardar en gritar…

Sólo que gritaría fuera del caserón, a donde le había llevado el lucro y también, todo hay que decirlo, la curiosidad. Una viva e incontenible curiosidad.

Alguien le había dicho:

—Espérame junto a los cañaverales, y te enterarás de muchas cosas. Además, te ganarás cinco libras.

Sí, había gritado. Y con todas sus fuerzas. Un pánico inmenso, inenarrable, la había vencido de pies a cabeza, de arriba abajo, al ver el enorme cuchillo que firmemente alzaba la persona que en aquel lugar le había citado.

A quien había tardado en ver, pues tuvo que llegar hasta los

mismos cañaverales, junto a una charca de aguas sucias y malolientes, para que la niebla, espesa y turbia, le permitiera distinguirle.

Pero apenas reparó en él, ya vio el cuchillo de cocina. En lo alto, buscaba adecuado impulso para clavarse rotundamente en su carne o en sus huesos.

Entonces fue cuando gritó. Aunque gritar no podía servirle de mucho, dado lo inminente del golpe a recibir.

Un golpe que recibió segundos después, haciéndole sentir un espantoso dolor.

La hoja del cuchillo era colosal, de más de veinte centímetros de larga y unos seis de ancha, así que el desgarro resultó de terrible consideración.

Sin embargo, tan espeluznante golpe sólo sirvió para que fluyera un gran chorro de sangre y para que Anastasia cayera hacia atrás, sobre la charca.

Allí, ratas, ranas y pequeños reptiles se deslizaban por el agua. Uno de éstos acudió sobre el pecho de la víctima para saborear la sangre que seguía saliendo de su herida.

Anastasia quiso volver a gritar. Las primeras casas no estaban muy lejos. Podían oírla, y acudir en su ayuda. Quién sabe…

Pero el cuchillo de cocina, de más de veinte centímetros de largo y unos seis de ancho, se abalanzaba ya sobre ella.

En esta ocasión se incrustó sobre el lado izquierdo de su pecho, donde latía desbocadamente su corazón. Donde latió ya poco más.

Tenía forzosamente que ser el final.

Lo fue.

Pero al darse cuenta de ello, el asesino no perdió el tiempo en regocijarse. Tampoco lo perdió, en limpiar el cuchillo. Incluso dio la sensación de que deseaba llevárselo tal como estaba, inundado de sangre.

Luego se alejó de allí corriendo. Pero tomando las máximas precauciones para no ser visto.

* * *

El grito de Anastasia había sido oído por más de una persona, pero éstas, de momento al menos, no acertaron a reaccionar. ¡Resultaba estremecedor e insólito, un grito tan horrible y

desesperado en medio de la oscuridad y de la niebla!

Cuando unos vecinos llegaron junto a los cañaverales y encontraron a Anastasia muerta, optaron, lo primero, por sacarla de aquellas purulentas aguas, apartando su pobre cuerpo de las ratas, ranas y pequeños reptiles que ahora, en profusión, casi la rodeaban.

Luego consideraron lo más oportuno llevarla a la casa de sus amos, por lo que unos la sujetaron por los pies y los otros por debajo de los brazos, por los sobacos.

La cabeza le caía, como descoyuntada, como si fuera una muñeca fea, de trapo, a la que hubieran tratado mal. Tal vez tenía rota la nuca.

Pero antes de llegar al caserón se vieron detenidos por una voz de mujer:

—¿Qué ha sucedido…?

Era Judy quien hacía la pregunta, desde una de las ventanas de su pobre y mísera vivienda.

—Hemos encontrado muerta a Anastasia, la criada de los Scott… Traemos su cuerpo.

Salió corriendo de la casa; por lo visto aún no se había desvestido, y fue a hacer sonar el viejo aldabón del caserón.

Roger Molden en persona le abrió.

—¿Qué pasa…?

No hizo falta que Judy le respondiera. Allí estaba el cuerpo sin vida de Anastasia.

* * *

Desde el suelo, donde había caído desvanecida, Doris oyó las voces que daban los de la casa.

Había cundido la alarma. Esto resultaba evidente. Pero ¿qué podía haber sucedido?

Sin embargo, Doris estaba demasiado impresionada y afectada por su miedo, o mejor dicho, por su propio terror, para tomarse aquello en consideración.

Seguía rodeada de oscuridad. De una horrible y espeluznante oscuridad. Además, ahora ni siquiera sabía en qué lugar de la habitación se encontraba.

Claro que, dedujo, si se había desplomado al darse cuenta de que el cadáver no estaba allí, era prueba evidente de que debía

estar muy cerca del ataúd.

Se incorporó poco a poco, tanteando con ambas manos a su alrededor para no golpearse.

Dio pronto, en efecto, con el ataúd…

Temblaba toda ella de tal modo, que cada dos por tres se le doblaban las rodillas.

La respiración la tenía cortada, detenida…

Pero las palpitaciones de su corazón le golpeaban arrebatadamente el pecho y repercutían en las venas de su cuello y de sus sienes, hasta hacerle temer que sienes, cuello y pecho fueran a estallar de un momento a otro.

Quiso comprobar, por segunda vez, que el cadáver de su abuelo ya no estaba allí.

Por eso volvió a meter sus manos en aquel tétrico y macabro recinto individual.

Pero esta vez tocó un cuerpo, un cadáver. Un frío y helado cadáver.

Doris procuró no gritar. Quiso soportar aquella terrible tensión que la agitaba. Que la agitaba a base de espasmos, como si un látigo la estuviera golpeando en un indecible tormento.

Pero su serenidad no podía dar más de sí, sus nervios se habían roto, desbordado, anegándolo todo. Comprendió que ya no podía exigirse más a sí misma.

Gritó como una verdadera loca…

Gritó como una auténtica demente…

Luego dio unos pasos y tropezó con una de las paredes, y la siguió, hasta dar con la esquina, y la dobló, y siguió avanzando, hasta que llegó a la puerta, pues era éste el lugar que buscaba.

Se puso a dar golpes con los puños, con toda su fuerza, mientras redoblaba sus gritos, roncos y espasmódicos.

No tardó en oír la voz de Roger Molden, que ordenaba:

—¡Abran inmediatamente!

La llave fue introducida en la cerradura, giró sobre sí misma y la puerta, tras unos segundos que le parecieron más largos que una eternidad, dejó franca la salida.

Doris se precipitó en los brazos de Roger Molden, que se abrían para cobijarla, para ampararla. Sólo allí, la muchacha consiguió llorar.

Al principio de un modo histérico. Después de una forma más humana, más normal.

CAPÍTULO VI

Doris juró que había oído un ruido dentro del ataúd y pisadas por la habitación. Y dijo mil veces que, al meter las manos en el féretro, no dio con el cadáver.

—Estabas demasiado impresionada —resumió Roger Molden—. Todo han sido figuraciones tuyas… El ruido, las pisadas… En cuanto a la ausencia del cadáver, meterías las manos por los pies del ataúd; de ahí que no dieras con nada… En fin, olvida esta pesadilla…

—No has estado el tiempo suficiente en la habitación —dijo Martin—. Has perdido tu parte…

—Ya lo sé —repuso Doris—. Y no me importa. ¡No me importa! ¡Cualquier cosa antes que soportar tanto horror!

—Yo no me dejaré vencer por los nervios —aseguró Martin—. Me juego demasiado para flaquear antes de tiempo.

Pero en aquel momento intervino Christopher.

—El señor… El señor… —Su tartamudeo sorprendió a todos—. Es espantoso… Es espantoso…

—¿A qué vienen estos aspavientos? —preguntó George, que a pesar de ser el más joven de los hermanos daba la sensación de ser el que tenía más temple.

—Fíjese, señorito George… Fíjense todos… El cuchillo del señor está manchado de sangre.

No estaba viendo visiones. En absoluto. Nada tan cierto como aquello. El enorme cuchillo de cocina que el viejo criado le colocó en las manos a poco de morir, siguiendo sus instrucciones, estaba ahora inundado de sangre.

Todos se dieron perfecta cuenta de ello. Como sea que la bombilla había sido nuevamente colocada, la iluminación no tenía ahora nada de deficiente.

—Antes —detalló Roger Molden— brillaba de puro limpio y afilado.

Doris se tambaleó.

—Esto no puede ser —dijo Martin, que si no se tambaleó le faltó bastante poco.

—Pero es —apuntó George.

—No tiene explicación… —La voz de Martin vacilaba de mala manera.

Acto seguido se dirigieron todos al despacho, donde se acomodaron e intentaron serenarse.

Habían de conseguirlo, aunque sólo en parte. La muerte de Anastasia y el cuchillo del cadáver manchado de sangre eran dos hechos que parecían entrelazarse entre sí, o simplemente ser el uno siniestra consecuencia del otro.

Era para que los pelos quedaran de punta.

—No, no… —Roger Molden intentó poner las cosas en su justo lugar—. Es absurdo, enteramente absurdo suponer eso… Un muerto no puede, ni aunque quiera, levantarse y abandonar su ataúd. Tampoco puede llegar con su propio pie hasta las afueras de la localidad y allí matar a una pobre mujer.

—Quizá —dijo Christopher, con tono fatalista— si el miedo ciega hasta la sinrazón, un hombre pueda llevarse hasta su ataúd la fuerza de voluntad precisa para, una vez muerto, poder aún…

—¿Qué estás diciendo, Christopher? —le recriminó severamente George, interrumpiéndole—. ¿Acaso has perdido el juicio? ¿Acaso te has vuelto loco?

—¿Miedo a algo o a alguien nuestro abuelo? —Inquirió Martin a su vez—. No comprendo de qué estás hablando. ¡Él jamás tuvo miedo! ¡Él nunca se asustó de nada! Además, sentía un profundo desprecio por quien lo experimentaba…

—¿A qué miedo se refiere usted? —preguntó Roger Molden, más positivo él y más positiva, en definitiva, su pregunta.

—Es muy largo de contar —repuso el viejo criado—. Demasiado para ser contado ahora… Más aún, cuando mis labios nunca han mencionado hasta ahora ese miedo del señor… Pero, sí, tengo razones especiales para, creer, para suponer, que Anastasia, a su modo, a su manera, aunque sin percatarse de ello, se ha buscado la muerte… No debió hacer nada mientras el señor siguiera aquí con

el cuchillo entre las manos… Debió esperar a que fuera enterrado, a que la losa cerrara el sepulcro…

—¡Qué montón de disparates estamos escuchando! —Barbotó Martin—. ¡Esto no hay quien lo aguante! ¡Cállate ya, Christopher! ¡Cállate ya de una vez!

—Lo que usted mande… —Acató el viejo criado.

Roger Molden hubiera preferido seguir con aquel tema, que ciertamente resultaba enervante. Pero puesto que Martin Scott le había exigido que callara, no se creyó con derecho a pedirle lo contrario. De todos modos, se dijo a sí mismo que así que tuviera una buena ocasión ya sabría él sacarle más provecho a lo que Christopher parecía saber. Algo, tal vez, de vital importancia.

En voz alta preguntó:

—Consideran oportuno telefonear ahora mismo a la policía, ¿verdad?

—Sí, claro —dijo George.

—Sí —corroboró Martin. Pero éste añadió—: Sin embargo, serán ustedes quienes reciban al sargento y le expliquen lo sucedido. Yo prefiero acabar cuanto antes con mis ocho horas…

—¿Vas a atreverte? —Preguntó Doris—. Después de ver la sangre que hay en el cuchillo del abuelo…

—Estoy convencido —dijo Martin— de que Christopher se olvidó de limpiarlo, y debía estar sucio de haber partido carne… Sí, de haber partido carne…

—No estoy con esta hipótesis —intercaló Roger Molden—. Yo me fijé en el cuchillo y brillaba, no sólo de limpio, sino de puro afilado.

—Creo que no se fijó bien —repuso Martin—. Es ridículo suponer otra cosa. Usted mismo ha dicho hace poco, que no cree en muertos, que…

—No, en efecto, en muertos que salgan de su ataúd, no he creído nunca, ni creo ahora.

—Entonces puedo ir completamente tranquilo, ¿no le parece? —Pero Martin estaba tan nervioso y ponía una cara tan grotesca, que de ser otra la situación sin duda alguna los presentes hubieran irrumpido en hilaridad.

Entre los presentes estaba Judy, que entre ellos parecía sentirse más desplazada que nunca.

—He oído ruidos, pisadas… —dijo Doris—. Créeme, Martin, no vayas a esa habitación.

—¿Y dejar de heredar al abuelo? ¡Ni hablar!

* * *

Creció la tensión hasta límites insospechados, así que la puerta se cerró tras la entrada de Martin en aquella habitación del sótano.

La llave giró en la cerradura, presenciando el acto los tres testigos. Como exigía la cláusula del testamento.

Luego fueron pasando los minutos, lentos, lentísimos. Unos y otros daban la impresión de estar esperando que Martin se pusiera a gritar como un poseso…

Como había gritado Doris, desbordada por completo su serenidad, rotos por entero sus nervios.

Pero no sucedió nada. Todo parecía ir perfectamente. Por lo que poco a poco se fueron tranquilizando.

No obstante, unos en el despacho, los otros desde la sala y Christopher y Anne desde las dependencias de la servidumbre, todos se hallaban pendientes de aquel hecho de final imprevisible…

Por su parte, Roger Molden había decidido no estarse con los brazos cruzados; le cosquilleaba su profesión. Pensó que no sería mala idea actuar por su cuenta, incluso antes de que llegara el sargento Booper, de quien George acababa de hablarle.

Era un buen hombre, de mediana edad, que desempeñaba bastante bien su puesto. Aunque en aquella pequeña localidad, no había sucedido nada realmente importante desde hacía mucho tiempo, desde antes de llegar él, por lo que muy poco se le había exigido. Sin embargo, el sargento Booper había demostrado que sabía luchar con cierta eficacia contra las supersticiones de aquellas gentes.

Morbosas supersticiones, que a veces les destruía a sí mismos. Creían en fantasmas. Creían en espíritus malignos. Creían en almas que llegaban del infierno. Y creían también, cómo no, quizá más que en nada, en muertos que volvían a la vida…

Sí, Roger Molden decidió hacer algo por su cuenta. Para eso le bastó ver encendidas las luces de la taberna y reparar en alguien que se hallaba allí cerca… Aquel hombre era Warren Gementton. A quien por lo visto, según Christopher, el viejo Scott había temido

durante toda su vida, o poco menos.

No estaría de más que cruzara un par de palabras con él, lo que sin duda podría hacer si iba a la taberna antes de que cerraran definitivamente.

—Voy a salir un momento —le dijo a Doris—. Espérame en el despacho, con los testigos. Con ellos estarás segura.

—Pero ¿adónde vas a ir? —le preguntó la muchacha, extrañada.

—Luego te lo diré. Ahora debo darme prisa.

—Bueno…

—No te pongas nerviosa, por favor.

—No…, no…

Roger Molden salió de la casa, cruzando la calle a grandes y decididas zancadas. La niebla seguía espesa, pero, no obstante, daba la sensación de ir aclarándose.

Entró en la taberna, buscando con la mirada a aquel extraño personaje.

Por lo menos a él le resultaba extraño oyendo cómo Christopher le mencionaba, y cómo asimismo mencionaba el pasado que le unía a su ya fallecido amo.

Pero viéndole a pocos metros de distancia, de frente, Resultaba un hombre perfectamente normal. Era de mediana estatura, fuerte, de ojos oscuros.

No obstante, Roger Molden deseaba algo más que hacer esas u otras suposiciones puramente gratuitas. Quería algo más concreto, más positivo.

Y como sea que Warren Gementton estaba en la barra tomándose una cerveza, se le acercó.

—Otra cerveza para mí —solicitó al tabernero, y luego, ya mirándole rectamente, comentó—: Ha sido una muerte horrible… Pobre mujer… No me sorprende que se hayan oído sus gritos…

—Ha quedado despierta toda la calle… —dijo el aludido, siguiendo la conversación sin evidente desagrado. Su voz tenía un tono metálico, como de hierro que vibra.

—Mal recuerdo va a guardar de su primera noche en este lugar —repuso Roger Molden—. Aunque, claro, ahora recuerdo que no es usted del todo forastero. He oído decir que ya estuvo aquí hace años…

Vio que se ensombrecía su expresión.

—Es cierto —admitió—. Pasé una temporada aquí, pero de eso hace ya mucho tiempo, muchísimo. Imagínese, entonces aún no había cumplido los veinte años.

Roger Molden calculó su edad. Tendría actualmente unos cuarenta y seis. Desde aquella época, pues, habían transcurrido cómo mínimo veinticinco años.

—Sí, son muchos años —convino.

—Dígame, ¿a quién ha oído hablar de mí? —se interesó de pronto—. No suponía a nadie capaz de reconocerme.

—He oído su nombre, no hace mucho, en boca del criado de la familia Scott.

—¡Ah, Christopher! —exclamó.

—Veo que1 se acuerda de él.

—¡Oh, sí! Claro que sí —y murmuró—: Debe estar ya muy viejo. No creo que tenga menos de setenta años.

—Algo así.

—¿Y qué le ha contado de mí…? —inquirió, haciendo un gesto escéptico, y el tono de su voz se hizo aún más metálico—. Supongo que cosas raras.

—Me aseguró —repuso Roger Molden, y no le quitaba la mirada de encima— que su amo, el señor Scott, que acaba de fallecer, sin duda usted ya lo sabe…

—Sí —asintió—, me lo dijo Anastasia.

—¡Ah! ¿Anastasia y usted hablaron…?

Pero procuró preguntárselo como si nada, con la máxima naturalidad del mundo.

—Sí —volvió a asentir—, hará de eso unas tres horas. La vi salir del caserón, cruzar la calle y pasar frente a la taberna… Salí y la llamé. Pareció alegrarse de verme.

—Pues bien, como le decía, Christopher me aseguró que su amo se pasó la vida temiendo que compareciera usted… Es más, temiendo su venganza… Pero yo estoy al margen de lo que pudo o no suceder entre ustedes por aquel entonces. Así que ignoro por completo…

—¿Quiere saberlo? —Preguntó Warren Gementton, sin necesidad de que el joven le diera más vueltas a la cuestión—. No tengo inconveniente en explicárselo.

—Si es tan amable… —Y Roger Molden pensaba, no sin razón,

que indagar por ese lado le estaba resultando mucho más sencillo de lo que pudo imaginar.

—Bien mirado —puntualizó Warren Gementton—, no es ningún secreto. Muchos deben recordar todo lo sucedido… —Y tras respirar hondo, muy hondo, como atrayendo hacia sí ese pasado que ya estaba tan lejos, agregó—: Pues verá, yo me enamoré de la hija menor del señor Scott, que era una chiquilla adorable. Pero yo por aquel entonces era pobre, de condición muy humilde, y me rechazó… Me refiero al padre, no a ella… Ella correspondía a mis sentimientos… Sí, me rechazó y me prohibió volver a verla…

Se detuvo un instante, con un deje profundamente amargo en los labios. Volvió a respirar hondo.

—Poco tiempo después —prosiguió diciendo—, el señor Scott la casaba con otro hombre. Y a mí no me quedó fatalmente otra solución que irme de aquí… Si me hubiera quedado, creo que hubiese acabado matándole, y no quería convertirme en un asesino. Pero antes de irme me coloqué en esta calle, frente a su propia casa, y grité una y otra vez que volvería y que le haría pagar muy caro, al más alto precio, todo el daño que me había hecho… Y ya está, esto es todo.

Roger Molden osó preguntarle:

—¿Ya qué ha vuelto usted ahora…? —Y sin esperar su respuesta —: Si era a vengarse, ha llegado un poco tarde; ya ha muerto. Mañana es el entierro.

Warren Gementton frunció los labios en un gesto de inusitada dureza.

CAPÍTULO VII

Cuando Roger Molden regresó al caserón, todos seguían allí. Más o menos donde los había dejado.

Incluso Judy, que había decidido pasar allí el resto de la noche. Había dicho:

—Tampoco voy a poder dormir…

No mucho después, se presentaba el sargento Booper, quien había de tardar poco en manifestar:

—Voy a telefonear a Wesmen.

Era la localidad más importante de aquella zona y de las limítrofes.

—Solicitaré la intervención personal del inspector Press —añadió—. Prefiero que respondan a sus interrogatorios; los míos temo que pecarán un poco de ingenuos. Él está más capacitado que yo para desentrañar el caso…

Ninguno de los presentes objetó nada. Pensaron, tal vez, que aquélla era una excelente idea.

Sin embargo, Christopher demostró ser la excepción de tal opinión. Pareció no estar de acuerdo, en absoluto, con aquellas últimas palabras:

—Sargento Booper…

—Dígame —se volvió solícitamente hacia el viejo sirviente de la casa.

—Permítame decirle —Christopher habló sin vacilaciones— que este caso, a mi modesto entender, le concierne más a usted que a ese inspector Press al que ha aludido, cuya competencia no pongo en duda, claro que no… Sin embargo, por tratarse de una cuestión que se aparta de los cánones normales…

—No le entiendo —dijo el sargento Booper.

—No le haga caso —intercaló George, disimulando mal sus vivas

muestras de desagrado—, nuestro sirviente tiene la cabeza llena de manías… Como muchos por esta localidad… ¡Demonios con tanta superstición…! Pero usted, sargento Booper, que sin duda es un hombre sensato, cuerdo, que no cree en muertos vivos, ni en fantasmas, ni en aparecidos, ni en nada por el estilo…

—Por descontado que no —repuso—. Pero ¡ejem!, ¡ejem! —Tosió de un modo forzado—, ¿por qué asocian la muerte de Anastasia con la posible participación en el hecho de un ser ya no humano…? Porque algo así están dándome a entender…

—Tenemos pruebas para razonar de este modo —aseguró Christopher—. Por lo menos las tengo yo…

Y a continuación le explicó lo sucedido hacía ya muchos años. Lo que ya Roger Molden sabía, si bien con más pormenores, pormenores sin importancia. Una historia que algunos habrían ya olvidado, aunque por descontado la mayoría seguían recordando.

—Ese tal Warren Gementton llegó a eso del atardecer, apenas hace unas horas… Alquiló una de las habitaciones de la taberna, pagó por adelantado…

—¿Y cómo relaciona, o asocia usted, los hechos acaecidos…? —Inquirió el sargento Booper—. Ya que ha empezado a hablar, prosiga hasta el final. Le escucho.

—Yo supongo —dijo Christopher— que mi amo, el señor Scott, debió enterarse de que Warren Gementton estaba aquí, de que acababa de llegar, de que había alquilado una habitación en la taberna… Sí, seguro que lo ha sabido… Y ha debido sentir más miedo que nunca, porque nunca ha debido sentirse más solo que ahora, metido en su ataúd… Pero, a pesar de eso, estará dispuesto a defenderse contra quien sea y a costa de lo que sea… Debe querer ser enterrado sin que nadie le haga daño, y quedar en paz en su sepulcro…

—Prosiga —dijo el sargento Booper, no demasiado asombrado de lo que oía, pues estaba acostumbrado a escuchar cosas por el estilo.

Allí, en aquella pequeña localidad, perdida entre montañas áridas y desoladas como un páramo, era fácil que se dieran como buenas y aceptables tal clase de suposiciones.

—Unas horas antes de ser asesinada, Anastasia estuvo hablando en la calle con Warren Gementton —prosiguió Christopher—. Sí,

sargento, ella misma me lo dijo. Y sabido esto, lo demás rueda por sí solo, ¿no le parece?

—No del todo, francamente —confesó—. A menos que usted me lo explique…

—Anastasia era una de las sirvientas de la casa, ¿no? Si ella quería a Gementton le costaría muy poco entrar aquí a media noche, o de madrugada, y bajar hasta la habitación del sótano… Y tal vez Warren Gementton acababa de comprar sus servicios… Para remediar el caso, ¿qué ha debido ocurrírsele a mi amo…?

—Sigo escuchándole —las cejas del sargento Booper se fruncían acusadamente.

—Pues ha debido ocurrírsele abandonar el ataúd y, sin que ninguno de nosotros le viéramos, salir por la puerta trasera de este caserón, la puerta de servicio, e ir a buscar a Anastasia, donde, por lo visto, sabía que estaba… Debió salir de la habitación del sótano, eso sí, a través de la pared… Dicen que los muertos vivos son como los fantasmas… Deduzco eso porque la puerta había sido cerrada con llave y seguía estando cerrada cuando nosotros abrimos a la señorita Doris… Bueno, como le decía, acudiría en busca de Anastasia y… ¡le asestó dos terribles e implacables cuchilladas!

—¡Por Dios! —Barbotó finalmente el sargento Booper, que a pesar de su aguante llegó un momento en que ya no pudo más—. ¿Cómo puede usted creer esta sarta de…?

—Y la prueba de que estoy en lo cierto es bien concluyente. —Christopher volvía a hablar. Esta vez, incluso, había interrumpido al sargento—. El cuchillo de mi amo, que antes estaba limpio, lo hemos encontrado manchado de sangre…

* * *

Se habló mucho al respecto, pero nada pudo ponerse en claro. El caso se enredaba cuantas más vueltas se daba al mismo.

Finalmente, el sargento Booper les hizo saber:

—Lo dicho, telefonearé a Wesmen. Lo considero lo más sensato, lo más razonable —y luego agregó—: En fin, yo ahora me retiro. Mi presencia aquí no es necesaria. De todos modos, de suceder algo nuevo, avísenme inmediatamente. En seguida me tendrán aquí.

Parecía temer que sucediera algo más. Quizá porque era cargado, tenso, electrizante, y a la vez insólito, el ambiente de

aquella casa.

Sinceramente no había para menos. Dentro de la habitación del muerto se hallaba encerrado un hombre vivo que, de momento al menos, soportaba bien la prueba impuesta. En uno de los dormitorios pertenecientes al servicio, reposaba el cadáver de una mujer, que había muerto de dos incisivas heridas de arma blanca. Tres testigos, llegados de Wesmen, seguían impertérritos el curso de los acontecimientos, sólo pendientes en verdad de la misión que se les había encomendado. En cuanto a Judy, la presunta heredera de toda la fortuna si los nietos no respondían fiel y estrictamente a la cláusula exigida, se sentía desplazada, fuera de lugar, evidentemente incómoda, sin poderlo disimular.

Desde luego, no resultaba insólito suponer que algo más podía pasar. Algo que no fuera bueno, nada agradable. En realidad, todo aquello estaba como embastado y bastaría un simple tirón para que la rotura fuera de consideración…

Éste era también el parecer de Roger Molden, que se alegraba de que Doris hubiera desistido de permanecer ocho horas seguidas, a solas, con el muerto. ¡Por Satanás, vaya cláusula…!

A Roger le constaba que el viejo Scott estaba bien muerto, como lo están siempre los muertos. Como no pueden dejar de estarlo, porque la frontera entre el existir y el no existir se traspasa sólo una vez, y es ya de una manera totalmente definitiva.

Así que le constaba que el difunto no era culpable de nada de lo sucedido. No hubiera podido serlo, ni aunque quisiera. De todos modos, era preferible que Doris no afrontara la oscuridad tenebrosa e inquietante de aquella habitación del sótano.

Oscuridad que Martin estaba evidentemente soportando con gran entereza. Hacía ya cuatro horas que permanecía allí.

Otras cuatro, y la herencia del abuelo sería suya, y de George, si es que éste pasaba también la prueba. De lo contrario, toda sería suya.

Pero como fuera, si Martin llegaba al final de las ocho horas, ni una libra, ni una sola libra, esto resultaba irrefutable, llegaría a manos de Judy.

Ya todos empezaban a creer que sería así. De ello, quizá, que de nuevo unos y otros optaran por pensar un poco en sí mismos.

George decidió retirarse a su dormitorio para intentar reposar un

poco. Doris optó por hacer otro tanto; le estaba haciendo falta. Las emociones la habían destrozado. En cuanto a la bonita y joven Anne y a Christopher, creyeron que no estaría de más reposar asimismo un poco.

Por lo que respecta a Judy, viendo que los demás se retiraban, terminó diciendo:

—He cambiado de parecer. Yo también me voy a descansar. Buenas noches.

Sólo se quedaron en el despacho los tres testigos. Y Roger Molden.

* * *

Pero Roger no permaneció allí durante mucho rato, pues así que se sentó en un sillón situado junto a una pequeña mesita redonda, un sillón que ya había ocupado antes y que por lo visto alguien había supuesto que volvería a ocupar; así que se sentó, vio el papel ante sus ojos:

«Si se las da de valiente, vaya junto al barranco. Allí le espero».

Una misiva demasiado enigmática para que su profesión de detective privado no volviera a cosquillearle. No, por descontado, un temperamento como el suyo no podía desoír un contenido como aquél.

En cuanto al indudable peligro que pudiera correr, él no solía acobardarse por tan poco. Además, sabía que tenía los puños duros como el acero y con saber esto le bastaba.

No cruzó comentario alguno con los tres testigos. Ellos no estaban en el caserón para verse mezclados en asuntos ajenos.

Pocos minutos después, Roger se hallaba ya fuera de la casa, más allá de la pobre y mísera vivienda de Judy, junto al mismo barranco.

Un barranco bastante profundo, pero a él no le causó vértigo mirar hacia abajo, ni aun consciente de que alguien debía estar deseando propinarle un buen empujón. A él no le causaba vértigo nada; de ello sin duda que ahora estuviera allí. Nadie le había obligado a ir.

Quien no estaba allí era la persona que le había citado. Claro

que, así que la viera, la tendría ya encima. La niebla seguía dificultando la visión.

En efecto, de pronto surgió ante él la figura descomunal de un monstruo. Bueno, si no era un monstruo verdaderamente le faltaba muy poco.

Era alto como una torre, y muy recio, y tenía el rostro plagado de terribles cicatrices.

El impacto no pudo ser de mayor consideración. De todos modos, Roger Molden no se quedó con el habla cortada. Fue el primero en hablar.

—¿Quién es usted? —le preguntó—. ¿Y qué es lo que quiere de mí? Aquí me tiene.

—He de matarle… —masculló el monstruo, babeando por las comisuras de su boca, y alzó los brazos como si su intención fuera estrangularle.

—Un momento… —La voz de Roger Molden detuvo su avance —. Dígame, al menos, por qué va a matarme. No creo que sea pedir mucho.

—Hombres como usted están de más en la tierra.

—¡Vaya, sí que soy malo! —Aún encontró humor para bromear —. No me había enterado, palabra. Y bien, ¿qué delito es el que he cometido…? Sin duda algo imperdonable.

—Las mujeres son su debilidad, ¿verdad? —hablaba entre dientes. Dientes que parecía no poder separar del todo.

—¡Oh, sí! —admitió, un poco jocoso—. Una dulce debilidad, de la que no puedo prescindir.

—Y claro, ella fue una más… Sólo una más…

—¿Ella? —Preguntó Roger Molden, frunciendo las cejas—. ¿De quién me está hablando…?

Acababa de comprender que el monstruo no estaba bien de la cabeza, que era un ser trastornado, demente.

La cosa le gustó menos. Prefería vérselas con cuerdos.

—No he venido a hablar con usted. ¡He venido a matarle! ¡Y voy a hacerlo ahora mismo!

Se abalanzó sobre Roger Molden como una tromba, buscando con sus manos crispadas, y también llenas de profundas cicatrices, el cuello que deseaba apretar y seguir apretando hasta que la vida ya no pasara por allí.

Roger le esquivó de un salto rápido de piernas, y luego le disparó un fuerte puñetazo en medio del estómago.

No había querido lanzarse a fondo con aquel hombre. Creyó que con aquella muestra iba a bastarle.

Pero el monstruo se volvió contra él como si nada hubiera sucedido, lanzándose de cabeza, como una bestia, en esta ocasión logrando derrumbarle.

Viéndole ya en el suelo, intentó saltar sobre su cuerpo, dispuesto a estrangularle sin pérdida de tiempo, o tal vez pensando en destrozarle la cabeza con cualquiera de las piedras que había por el suelo.

La cosa no iba en plan de chunga, y Roger Molden comprendió que no debía andarse con chiquitas.

En consecuencia, rodó sobre sí mismo. El cuerpo del monstruo, ya lanzado hacia adelante, se aplastó contra el suelo.

Sin embargo, al poco volvía a estar en pie, volvía a la carga.

Pero Roger Molden, lo dicho, ya no estaba dispuesto a ofrecer concesiones de ningún género, que hubieran podido resultar harto peligrosas.

Le recibió con un fulminante derechazo en plena mandíbula, que llevaba en el puño verdadera dinamita, y casi en el acto, con un izquierdazo demoledor en el hígado. Un golpe que le obligó a agacharse como si estuviera cogiendo papeles del suelo.

Entonces le dio dos contundentes golpes en la nuca, con la mano abierta, de lado. Dos golpes que le dejaron derrumbado e inmóvil al borde del barranco…

—Cuidado al despertar, pequeño… —ironizó Roger Molden—. Si te mueves demasiado puedes caer rodando.

Ya estaba arreglado el asunto. Debía volver al caserón. Lo malo es que no había podido averiguar nada.

Cruzaban sus zancadas junto a la vivienda de Judy, cuando ésta le llamó.

—Le he visto… —le dijo—. ¡Qué puños tiene usted! ¿Me permite felicitarle?

—Claro que sí, guapa —la miró como lo que él era, un experto en mujeres bonitas.

—Si pasa, le ofrezco una copa —y le indicó la puerta de su casa —. Mientras tanto, si quiere, le diré quién es ese hombre.

—¡Estupendo! Me había quedado con las ganas de saberlo… Pero entre usted primero —le Cedió el paso, por si acaso— si no lo hace pronto, se va a constipar…

Aludió, con un poco de sarcasmo, a la escasa ropa que llevaba encima. Iba sólo en combinación.

—Me iba a acostar un rato… —¿Se creyó en la obligación de darle una explicación más o menos aceptable, más o menos lógica? Dio esa sensación.

—En ese caso, voy a molestarla…

—En absoluto, todo lo contrario… Se lo aseguro… —Y le miró de una forma tan insinuante, que aquellas palabras equivalieron, por descontado, a una generosa invitación.

Roger penetró en la casa.

—Bueno, ¿quién era ese hombre? —Preguntó, así que estuvo con la copa en la mano—. Esto lo primero.

—Es el loco de la localidad —le hizo saber ella—. Perdió el juicio hace ya tiempo, cuando su hija fue violada por un forastero. Ella tenía novio formal, no pudo resistir la vergüenza y se mató. El padre, ante el dolor de perderla, se desquició. Entonces prendió fuego a su casa, de donde apenas se le pudo sacar con vida. Las cicatrices de su rostro y de sus manos son debidas a ese incendio. Pero hasta ahora había sido un loco inofensivo, incapaz de hacer mal a nadie…

—Alguien ha debido hablarle mal de mí —rezongó Roger Molden.

—No he sido yo, se lo aseguro —dijo Judy, sonriendo—. A mí usted me ha caído de maravilla desde el principio. Tiene un aspecto tan, tan de hombre…

—¿De veras, preciosa?

Ella le quitó el vaso y luego se pegó a él, hasta que él sintió perfectamente el vaivén de sus senos, que subían y bajaban, y el calor de su cuerpo, que empezó a emborracharle.

—Sí, de veras.

—Bueno, otro día nos veremos, ¿eh, preciosidad? —No quería pecar de irreflexivo. El horno no estaba para bollos.

Alguien había querido hacerle una mala trastada, y aún no sabía quién era esa persona. Debía andar con pies de plomo.

—¿Ahora no…? —preguntó, acercando, provocativa, sus labios a

los de él.

Roger la besó. Del modo que había besado a tantas. Pero su entusiasmo se limitó a eso. Dijo:

—No puedo quedarme… Me gustaría, claro que sí… Pero si Doris se enterara, habría una nueva víctima, y sería yo… ¡Es una novia terriblemente celosa!

Poco después, volvía a estar en el despacho y volvía a sentarse en aquel sillón situado cerca de la pequeña mesita redonda.

No comentó nada de lo sucedido.

CAPÍTULO VIII

Las horas iban transcurriendo…

Martin pensaba que, un poco más de esfuerzo por su parte, y aquel tormento habría concluido. Porque, desde luego, era un verdadero y auténtico tormento permanecer allí.

¡Qué lentos transcurrían los minutos! Era como si, perezosos e indolentes, se detuvieran a medio camino. O peor, como si se paralizasen cada dos por tres.

Martin había gastado dos cerillas. Ambas con el mismo fin, alumbrar la esfera de su reloj de pulsera y ver qué hora era.

Y las dos veces que consultó su reloj, quedó verdaderamente desconcertado. Tuvo que acercárselo al oído, para asegurarse de que no se había parado.

Así estaba la situación, cuando sonó, por donde estaba el ataúd y el muerto, algo parecido a un doloroso quejido.

Martin respingó violentamente, cogiéndose con fuerza a los brazales del sillón, con ambas manos. La caja de cerillas había caído al suelo.

El quejido volvió a dejarse sentir. Esta vez de una forma perfectamente clara y audible.

—¿Quién está ahí…? —preguntó, temblándole la voz, el cuerpo y hasta el alma. Y después, casi sin poder evitarlo—: ¿Eres tú, abuelo? ¿Eres tú…?

No recibió respuesta, pero los quejidos siguieron oyéndose. Cada vez más seguidos, más persistentes.

—¿Qué te sucede, abuelo…?

Pero se dio cuenta de lo absurdo y ridículo de su pregunta y dejó de crispar uno de los brazales del sillón, y con esa mano libre pellizcarse con fuerza, sin miramientos, hasta hacerse daño. Era preciso que reaccionara. ¡Qué estúpido había sido!

Seguro que nadie había proferido un quejido. ¿Quién iba a hacerlo si allí no había nadie…?

De todos modos, para darse cuenta de que todo estaba en calma, en perfecto orden, lo mejor sería que gastara la tercera y última de las cerillas.

Se le había caído la caja al respingar. Bueno, tantearía el suelo, no podía estar lejos.

Pero cuando se puso a tocar el suelo y a dirigir la palma de la mano más hacia la derecha, más hacia la izquierda, entonces, de súbito, notó que otra mano, ésta, viva y caliente, le sujetaba fuertemente por la muñeca.

Soltó un grito desesperado. Un verdadero alarido. Fue el suyo un sonido agudo, estridente, capaz de taladrar los oídos a cualquiera.

La mano le soltó,' y entonces él se precipitó hacia la puerta, y empezó a darle golpes de puño, y patadas, con todas sus fuerzas.

De pronto, se sintió vencido por el miedo, por el terror. No, no podía resistir aquello. Sus nervios se habían desatado por completo y ahora se desbordaban de un modo incontenible.

—¡Abridme…! —Se puso a gritar—. ¡Abridme ahora mismo…! ¡Es igual que no hayan pasado las ocho horas! ¡No me importa el dinero! ¡Quiero salir! ¡Si sigo aquí acabaré loco…! ¡Acabaré loco…! ¡Acabaré loco…!

* * *

No llegó a tanto la cosa, pero no a mucho menos. Salió de allí tan trastornado, tan impresionado, que todos creyeron que había perdido un poco el juicio.

—Tenía razón Doris… ¡El abuelo no está muerto!

Tuvieron que llevarle a su dormitorio, acostarle y darle un sedante, porque de lo contrario aquella crisis hubiera acabado siendo peligrosa.

Pero en medio de aquel alboroto, una circunstancia estaba pasando desapercibida a todos. De momento, al menos.

Anne no aparecía por ninguna parte…

Podía estar durmiendo profundamente, tan profundamente que los gritos y las voces no hubieran llegado a despertarla. Pero la explicación, desgraciadamente, no era ésta.

Era otra.

Cuando George decidió retirarse a su dormitorio para reposar un, poco, y salió del despacho, ella, Anne, se cruzó con él.

George le hizo un gesto, que en realidad no venía a significar nada en particular. Era un simple gesto de dulce y amorosa complicidad.

Porque Anne y él se amaban. Por lo menos, se gustaban y gozaban juntos del amor, reuniéndose en el cobertizo situado en la parte trasera del caserón. No muy lejos, pero tampoco demasiado cerca. Un buen lugar, por su aislamiento, para encubrir sus ilícitas relaciones.

Pero en esta ocasión, George no pensaba en una cita. Su abuelo estaba muerto, Anastasia acababa de ser asesinada y, en fin, que el momento no era el apropiado. Su gesto, pues, no quiso indicar que le esperaba allí, como otras veces.

Sin embargo, Anne lo interpretó de este modo. Tal vez porque se sentía ansiosa por encontrarse de nuevo entre sus brazos. Pero también por algo más; deseaba decir a George que iban a tener un hijo.

Con la esperanza de que tal nueva hiciera a George decidirse a casarse con ella, a lo que parecía remiso, se dio prisa en dirigirse al cobertizo.

Era una muchacha decidida, nada asustadiza, así que recorrió aquellos metros de distancia, entre un lugar y el otro, sin sentirse temerosa en modo alguno. Y eso que la niebla, como casi siempre, se pegaba a las puertas y ventanas, rastreaba por el suelo, casi privada de la respiración, y parecía estar amenazando.

Una vez en el interior del cobertizo, Anne se dispuso a esperar. Pero estaba convencida de que George llegaría de un momento a otro, ya que siempre solía ser muy puntual a las citas, y aquella hora era, exactamente, la convenida.

Sin embargo, como sea que en esta ocasión pasara un buen rato sin que George se dejara ver, Anne, algo desanimada por su demora, se dejó caer blandamente sobre la paja amontonada a un extremo de aquel cobertizo.

Era la paja que a ellos les hacía de lecho. Donde, juntos, tantas horas de pasión habían vivido.

Por eso, cuando Anne vio que una sombra pasaba por la puerta y se deslizaba dentro, no se movió de allí.

George iría hacia donde ella estaba.

Empezó a desabrocharse el vestido, deseosa de que, así que George llegara a su lado y la estrechara entre sus brazos, se encontrara con la carne de su cuerpo, tibia y palpitante.

Pero quitarse el vestido y desprenderse del sujetador, dejando sueltos sus opulentos y firmes senos, no había de servirle para lo que ella se estaba imaginando.

Era cierto que una sombra se había deslizado en el cobertizo, y que se había dirigido directamente hacia ella.

Era cierto, también, que esa sombra se colocó a su lado, mientras ella se tumbaba en la paja y murmuraba:

—Acércate, cariño mío… Cuánto has tardado hoy…

La sombra se acercó más.

Anne dijo:

—Había pensado en decírtelo luego, al final… Pero es tanta mi impaciencia, que prefiero decírtelo ahora… ¿Sabes? Vamos a tener un hijo… ¿No es estupendo, George?

Sólo entonces vio que la sombra empuñaba un cuchillo de fenomenales dimensiones. Un cuchillo que, ante la noticia de ese hijo que llevaba en las entrañas, vaciló en lo alto.

Pero la vacilación fue breve, brevísima, y en seguir, da inició un rápido y veloz descenso.

Anne hubiera gritado. Pero no pudo hacerlo. Antes de que el cuchillo descendiera, la mano izquierda de aquella sombra le había taponado la boca con paja. En un gesto salvaje, que amenazó con ahogarla.

Pero la muerte no había de serle provocada por asfixia, sino por aquel cuchillo, que, teniendo ya garantizado que la víctima no iba a poder gritar, se clavó despiadadamente en su carne.

En su carne ansiosa de pasión, de amor, y ansiosa de dar vida a otro ser…

Se clavó rotundamente, aunque el golpe no resultó del todo certero. Debido a la oscuridad, fue dado medio a ciegas.

Pero este fallo no resultó difícil de subsanar. Bastó repetir el golpe, y volver a hacerlo por tercera y cuarta vez, hasta garantizarse el éxito.

Sí, tras la cuarta cuchillada, quedó todo radicalmente solucionado. Sin lugar a dudas.

Y la sombra pudo huir del cobertizo.

Mientras tanto, el pobre cuerpo de aquella muchacha que iba a ser madre, ya sin vida, se desangraba por cuatro terribles, horrendas y escalofriantes heridas.

Había quedado un profundo silencio. Un silencio pesado y sofocante, como la niebla que lo rodeaba todo.

Pero, de pronto, transcurridos unos diez minutos, o poca cosa más, se oyó gritar a Judy. Unos gritos que perforaron las ventanas del caserón de los Scott y llegaron claramente hasta sus ocupantes.

Sin embargo, antes de que Roger Molden tomara ninguna iniciativa, la joven y atractiva vecina ya llamaba a la casa, por la puerta trasera.

Cuando le abrieron, si bien la puerta estaba ya abierta, aún gritaba. Luego, se serenó algo y explicó:

—No podía dormir, y estaba junto a la ventana de mi dormitorio. Me ha parecido ver entrar a alguien al cobertizo… Primero entrar y luego salir… No estaba segura, porque hay mucha niebla… De nuevo la niebla se ha cargado… Pero he querido ver si pasaba algo y he ido hasta allí… ¡Y me he encontrado a Anne! ¡Está muerta! ¡Muertaaa!

No tardaron en cerciorarse de que aquello era cierto. Espantosamente cierto.

—Habrá temido que abriera la puerta a Warren Gementton… —murmuró Christopher, con un visible estremecimiento recorriéndole todo el cuerpo—. Ha hecho con Anne lo mismo que con Anastasia… No quiere que nadie turbe su reposo…

—No cabe duda. —El tono de George fue acusadamente duro—. Has acabado tan chiflado como la mayoría de este lugar. Tenía mejor opinión de ti, Christopher.

Éste no pidió disculpas por su manera de pensar, ni mucho menos. Se limitó a decir, con tono obsesivo:

—Con tal de que ahora no me toque el turno a mí… Soy un sirviente más, y yo también podría, si quisiera, franquear la entrada a su enemigo. Pero no, no —denegó él mismo—, el amo sabe que yo siempre le he sido fiel…

—¡Basta, Christopher! —Fue una orden. Y sin más—: Sirve unas copas de *whisky* a todos. Nos está haciendo buena falta. Yo, mientras tanto, telefonearé al sargento Booper.

Así lo hizo, mientras el viejo sirviente abría el viejo mueble-bar y cogía la botella de *whisky*. Pero estaba tan nervioso e impresionado, que se equivocó de botella. Sin embargo, así que la tuvo en la mano, reparó en la etiqueta y se dio cuenta de su error, reparándolo en seguida. Suerte de eso, porque si no, ante su torpeza, sin duda George le hubiera amonestado seriamente. El humor de George no podía ser peor.

—Dentro de unos minutos, el sargento Booper estará aquí —resumió éste, tras colgar el auricular.

Entonces habló Doris:

—Si a Anne la ha matado el abuelo, volverá a haber sangre en su cuchillo. ¿Por qué no vamos a confrontarlo?

—¿Tú también, Doris? —Le reprochó George—. ¡Aquí, parece que todos vayamos a acabar mal de la cabeza! En fin, ¿quieres que vayamos? Por mí, ahora mismo…

Mientras se dirigían al sótano, Roger Molden les recordó que la sangre de antes nadie la había limpiado. Así que seguiría habiendo sangre en el cuchillo. Eso no significaría que…

Pero al llegar junto al ataúd, bajo la bombilla que nuevamente habían dejado encendida, vieron cómo la primera sangre se había cuajado, ennegrecido… ¡Pero una sangre nueva, roja, muy roja, chorreaba siniestramente por el filo del arma!

—¿Lo ve, señorito George? —inquirió, tímida y temblorosamente, el viejo criado.

—¡Ni aun así! —Barbotó George—. ¡Ni así creo yo en muertos que maten! ¡Y voy a demostrarlo, no hablando, sino con hechos! ¡Ahora mismo voy a empezar con mi plazo de ocho horas!… ¡Y yo no saldré hasta que el dinero del abuelo sea mío! ¡Yo no soy un cobarde, como han demostrado serlo mis hermanos! ¡Juro que no saldré hasta que hayan transcurrido las ocho horas! ¡Lo juro!

CAPÍTULO IX

Eran las tres de la madrugada. Sólo las tres.

No cabe duda; aquella noche estaba resultando eternamente larga.

El sargento Booper había llegado, y ahora interrogaba a unos y a otros. Había dicho:

—El inspector Press, de Wesmen, no puede venir. Así que he recibido órdenes bien concretas… Corre de mi cuenta detener al asesino que ronda suelto por aquí…

—A los muertos no se les detiene —fue el comentario de Christopher.

Comentario que el sargento se pasó generosamente por alto, convencido de que sus razonamientos no iban a poder con esa psicosis de miedo, de superstición, de ideas extrañas, que dominaba a la localidad, de la que Christopher, evidentemente, tomaba parte, de forma bien profunda y convencida.

—Bueno, aquí no hay manera de poner nada en claro… —Tardó poco en decir el sargento Booper, como resumiendo los interrogatorios efectuados—. De lo que acaban de decirme, sólo se desprende una cosa: que cualquiera de ustedes ha podido matar a Anne, como pudo matar a Anastasia… —Y agregó—: Ha sido una lástima que no decidieran pasar toda la noche juntos, con los tres testigos… En fin, me quedo con ustedes hasta que amanezca, vigilándoles personalmente… No veo otra solución para evitar, de momento al menos, que el caso se complique aún más…

San embargo, estar pendientes de todos ellos no iba a resultar tarea sencilla. De haberlo pensado mejor, hubiera venido con un par de sus hombres, para ceñir y extremar la vigilancia. Pero de su error se daría cuenta después.

De momento, Martin seguía en su dormitorio, sobre el lecho,

aún sumamente afectado por todo lo sucedido. Y Christopher iba a verle cada dos por tres, así como Doris.

En cuanto a Judy, también había subido un par de veces la escalera, diciendo que iba al lavabo.

No podía, evidentemente, seguir los pasos de todos ellos. Aunque tampoco podía creer que ninguno, estando él en la casa, se atreviera a nada. Hubiera sido demasiada osadía, excesiva desfachatez.

Como fuera, las primeras horas fueron pasando, sin novedades dignas de mención. De un modo normal, correcto.

—Supongo que interrogará al señor Warren Gementton, ¿no es eso, sargento Booper? —preguntó Roger Molden, considerando que no le iría mal que le ofreciera un plan a seguir.

—Sí, sí —afirmó, pero dando la sensación de que hasta entonces no había pensado en ello—. Por descontado que sí. Apenas amanezca, y vea abierta la taberna.

Mientras tanto, Judy, una vez más, subía la escalera, dirigiéndose al lavabo.

Pero en esta ocasión, una vez arriba, fue directamente hacia el dormitorio de Martin, cuya puerta se veía entreabierta.

Pero Martin se había ya repuesto de la impresión recibida, así que, en aquellos precisos instantes, salía al pasillo. Por lo visto, se disponía a bajar al despacho para reunirse con los demás.

—Martin… —susurró la muchacha.

—¡Judy! —Ahogó la exclamación, preso de intensa y mal contenida emoción.

Ella se le acercó.

—Quería hablarte —le dijo.

Martin se la llevó hacia el extremo final del pasillo, donde la abrazó y besó repetidas veces, hasta que ella se escurrió de sus brazos con gesto impaciente…

—Suéltame… Suéltame… Y escúchame… Quiero hablarte… Es preciso que te hable…

—¿Qué sucede? —De pronto, algo le hizo comprender que tampoco marchaban bien sus relaciones amorosas con aquella mujer.

Judy se lo dijo de una vez:

—Me he casado, Martin.

—¿Qué…? —barbotó éste, poniéndose rojo de indignación, de coraje, de humillación.

—Sí, me he casado —repitió. Y dijo seguidamente—: No podía dejar escapar la oportunidad que he tenido. La mejor oportunidad de toda mi vida.

—¿Quién es él?

—Un hombre enfermo del corazón… Pero, claro está, muy rico… Digamos millonario… Se ha enamorado perdidamente de mí. No, no le ha importado saber que he sido una mujer de vida poco edificante… —Y añadió—: Como sabes, vive en Londres una hermana de mi madre, a la que suelo ir a visitar bastante a menudo. Allí le conocí, en mi último viaje. Y como sea que ha querido casarse en seguida…

—¿Y no has pensado en mí? —le reprochó Martin.

—Yo no soy capaz de querer a nadie de verdad, tú lo sabes; no es nada nuevo. Por lo tanto, no podía sacrificarme por ti de ese modo… Era pedirme demasiado… Son demasiados los millones de ese hombre…

—¡Ojalá le dé un ataque al corazón —rugió Martin— antes de que haya hecho testamento a tu favor! ¡Ojalá le dé un ataque mortal hoy mismo! No te mereces otra cosa.

—Pierdes el tiempo deseándome eso, Martin. Al día siguiente de la boda, mi marido se empeñó en que fuéramos a un notario. Todo lo suyo me lo ha legado a mí… Hicimos mutua concesión de bienes. Lo suyo, para mí, y lo mío, para él… Muy romántico, ¿verdad? Sólo que yo no tengo nada, y él tiene muchos millones… Sólo que él está muy enfermo, y yo estoy muy sana…

—¡Eres cruel, mala! —Se sulfuró Martin—. En realidad, lo has sido siempre. Desde que jugaste despiadadamente con los sentimientos de mi hermano mayor.

—Si se pegó un tiro, no vas ahora a cargármelo exclusivamente a mí. Tú tienes tanta culpa como yo, quizá más. ¿O has olvidado que le creía de viaje y que, al entrar en mi dormitorio, me encontró acostada contigo?… No, no se hubiera matado, si yo hubiera estado con otro… ¡Pero estaba contigo! Y fue tu traición, tu deslealtad, lo que más le desquició…

—No aumentes mis remordimientos —masculló—. ¡Y pensar que todo lo he hecho por una mujerzuela como tú! ¡Porque no eres más

que esto, una mujerzuela!…

—¿Qué esperabaˆ?… —Le menospreció—. ¿Que me conformara con las migajas que tú quisieras darme? ¿Que me conformara a vivir rodeada de pobreza, de miseria, en esa vivienda mía que no es digna ni de las ratas? Porque tú —aclaró— nunca te hubieras casado conmigo. Nunca te hubieras atrevido a decir a George que yo era la elegida. Sabes que George me odia a muerte, y por nada del mundo…

—Ahora también te odio yo. Ya somos dos.

—Quizá sea mejor. Alguna vez habíamos de acabar.

De súbito, se agrandaron los ojos de Martin. Era como si una idea fugaz le hubiera cruzado el pensamiento.

—¿Me has dicho que ese hombre, tu marido, se empeñó en llevarte al notario al día siguiente de la boda?… ¿Y que hicisteis mutuos testamentos?… ¿Lo de él para ti y lo tuyo para él?… —Y sin más—: ¿Estás segura, Judy, de que tu marido es verdaderamente rico?…

Martin soltó una extraña carcajada, cuyo significado Judy no pudo comprender.

Como tampoco había de comprender que Martin murmurara:

—En ese caso, tendrías el final que mereces… Exactamente el que mereces… Ni más, ni menos…

* * *

En medio de aquella tétrica y siniestra oscuridad, George permanecía relativamente tranquilo y sereno.

Hasta donde era posible, claro, pues, en tales circunstancias, nadie se atrevería a alardear de excesiva valentía.

Pero estaba soportando bien el transcurso de las horas, y más no podía pedirse a sí mismo.

Sólo había gastado una cerilla para ver qué hora marcaba su reloj de pulsera. Lo mismo que antes hiciera Martin. Y lo mismo que él, George quedó verdaderamente desconcertado, por lo poco que habían avanzado las agujas.

Pero, bueno, antes o después, el plazo concluiría…

En eso oyó un ruido extraño. Parecía venir de donde se hallaba el ataúd.

Quedó en el sillón, envarado, con la respiración contenida,

vencido por el miedo, por el terror.

Pero acertó a sobreponerse a ese miedo cerval, que le hizo sentir un escalofrío desde la punta de los pies hasta el último de sus cabellos. Y exclamó:

—¡Aquí hay alguien!

El ruido se repitió.

—¿Quién eres?… —inquirió—. ¡Porque eres un ser vivo, lo sé!… ¡El abuelo está muerto!

El ruido se repitió por tercera vez, más fuerte.

Decididamente, aunque con dedos que temblaban, George cogió la caja de cerillas y se puso en pie. Estaba dispuesto a averiguar, en aquel preciso momento…

Pero en aquel preciso momento sintió un horrible dolor en el pecho, Comprendió que había recibido una terrible cuchillada. Como Anne, y como Anastasia.

Y como ellas, quizá recibiera más.

No se equivocó.

El cuchillo se ensañó con él, con su cuerpo, que había caído desplomado sobre el sillón. Fue acuchillado una y otra vez, sin poder ver de quién le llegaba la muerte.

La muerte era un trozo más de oscuridad.

Quiso gritar. Su única esperanza estribaba en recibir ayuda. Pero el grito no salió de su garganta.

Por lo demás, el cuchillo no perdía segundo; se mostraba implacable…

* * *

—¡A George debe haberle sucedido algo! —Martin había aparecido en el despacho, sudando a borbotones—. ¡Le he hablado a través de la puerta, y no me ha respondido!

—No es posible —se angustió Doris, levantándose de un brinco —. Has debido alzar poco la voz.

—Sin duda, es debido a eso… —dijo Roger Molden, aunque tampoco lo veía claro.

—No, no; le he hablado fuerte —aseguró Martin—. Y nadie me ha respondido.

Al poco, estaban todos en el sótano. Habían bajado presurosamente hasta allí.

—¡George! —Gritó Doris, pegada a la puerta—. ¿Estás bien, George?… Respóndeme, por favor… Dinos algo…

—¿Se encuentra bien, señorito George?… —inquirió Christopher, pegado asimismo a la puerta—. Respóndanos…

—¡George, soy yo, Doris, dime si te encuentras bien! —Insistió la muchacha—. Nos estás asustando… Por favor…

No había que insistir más. Ni ella, ni Christopher, ni nadie. Bajo el quicio de la puerta, avanzaba hacia ellos un charco de sangre…

Sobraban las palabras.

CAPÍTULO X

Estaba amaneciendo.

El sargento Booper, ahora acompañado de dos de sus hombres, intentaba esclarecer los nuevos hechos. Hechos inesperados, cometidos casi en su presencia.

Los testigos se habían ido, puesto que su cometido había concluido ya. Las restantes personas estaban allí.

Pero el sargento Booper optó por dejarles solos durante unos cuantos minutos, e ir a entrevistarse con Warren Gementton, un personaje que aún le era desconocido.

Al llegar a la taberna, lo primero que hizo fue preguntar al propietario del local qué clase de hombre era.

—Un señor muy correcto —respondió el tabernero. Y deduciendo por su cuenta—: Oiga, sargento, ¿acaso desconfía de él? Me refiero a las muertes de Anastasia y de Anne… Y a la muerte de George Scott…

—Mi deber es desconfiar de todos. Mientras no aparezca el verdadero culpable…

—Pues están de más sus sospechas en ese sentido, sargento. —Y le hizo saber—: Cuando Anastasia fue asesinada junto a los cañaverales, el señor Gementton estaba conmigo, y con varios de mis clientes, jugando a las cartas… Puede atestiguarlo cualquiera de ellos, o todos ellos, si usted lo prefiere… Después de tal suceso, nos quedamos hablando, comentando el crimen, sin sentir sueño, totalmente desvelados, y acabamos de nuevo con las cartas en la mano. Y así hasta que oímos gritar a Judy porque había descubierto el cadáver de la pobre Anne… Después, nuevos comentarios, menos sueño aún, y, finalmente, la muerte de George Scott… Pero todo esto que le cuento, sin separarnos para nada…

En aquel momento entraron varios de los clientes a los que el

tabernero había hecho referencia, y el sargento Booper aprovechó la oportunidad para cerciorarse de si eran totalmente ciertas las aseveraciones recibidas.

Lo eran. Evidentemente. No cabían dudas de ninguna índole.

Tanto es así, que al sargento Booper le dieron tentaciones de marcharse de allí sin interrogar a Warren Gementton. Ya no tenía finalidad…

—Si desea preguntarme algo, aquí me tiene.

Se vio interrumpido en sus pensamientos por el propio Warren Gementton, que acababa de salir de la habitación que había alquilado para una sola noche. Noche, empero, en la que no había dormido ni un solo minuto.

—Ya que me lo ofrece tan gentilmente —repuso el sargento Booper—, dígame, señor Gementton, ¿qué opina usted de lo sucedido? Quizá pueda ofrecerme una opinión valiosa.

—Se refiere a esas tres muertes horribles, ¿no es eso, sargento? —La voz del hombre tenía, como en su conversación con Roger Molden, tonalidades metálicas, como de hierro que vibra.

—Sí, a eso exactamente me refiero —asintió el sargento.

—Pues verá, creo que… —vaciló un poco, pero inmediatamente prosiguió, con firmeza—, creo que, puesto que los hechos evidencian que entre ustedes hay un ser malvado y perverso, un despiadado asesino, éste no puede ciertamente ser otro que… que…

—No se detenga —dijo el sargento.

—Temo que me considere ignorante, poco culto —ironizó Warren Gementton—. Sin duda, no se espera usted mis palabras.

—Prosiga, se lo ruego.

—El asesino, a mi juicio, no puede ser otro que el muerto… ¡El abuelo!

—¡Demonios! —Barbotó el sargento—. ¿Usted también me sale con éstas?

—Yo no nací aquí, pero creo en según qué cosas… Sí, creo en esas cosas en que creen las gentes de por aquí… En fin —abrevió—, quizá sea una tontería todo lo que le he dicho. No puedo saberlo con certeza… Ni creo que lo sepa nunca…

—¿A qué ha venido usted aquí, señor Gementton? —inquirió el sargento.

—A echar un vistazo a todo esto, simplemente por sentir algo de

añoranza. Pero después de tantos años, ya nada tiene verdadera importancia. Sin embargo, me he encontrado muerto a mi más acérrimo enemigo… Me he alegrado… Ya era hora de que le tocara su turno… Pero hágame caso, entiérrenle pronto… Métanle en el nicho, y pongan la losa, una losa que pese… Para que nunca pueda salir… Si saliera, sería para hacer daño… A propósito —dio un giro rápido a la conversación—, pensaba irme dentro de unos minutos. Supongo que, por su parte, no hay inconveniente, ¿verdad?

—Por descontado que no —respondió el sargento—. Puede irse cuando desee.

—Gracias, sargento.

* * *

Poco después, cuando aún no eran las siete de la mañana, y el día no terminaba de aclararse, Roger Molden se dispuso a hacer algo. Algo que podía ser de resultados muy efectivos.

—¿Quiere usted ayudarme, Christopher?

—Estoy a sus órdenes —respondió el viejo criado—. Mándeme lo que sea.

—Es sencillo lo que voy a pedirle —y el joven buscó un cigarrillo en los bolsillos de sus pantalones de color gris claro. Al no encontrarlo, intentó dar con él en los bolsillos de su americana a cuadros.

—Dígame, señor.

—Yo, ahora, voy a ir a la taberna… —Encendía ya el cigarrillo —. Al poco, saldré y, desde el otro lado de la calle, le haré una señal con la mano… Entonces usted, sin esperar a más, corresponderá a mi gesto y luego se dirigirá al sótano, y me esperará allí… No tardaré en llegar. ¿Comprende, Christopher?

—Le he entendido, señor —asintió el sirviente—, pero no le he comprendido.

—Luego se lo explicaré. Ahora no debo perder tiempo. Es de vital importancia que, antes de que el sargento Booper se vaya de esta casa, pueda yo aportarle una inestimable prueba…

—De acuerdo, señor.

Acto seguido, Roger Molden se dirigía a la taberna. Con esos pasos largos, decididos, que parecían zancadas, que evidenciaban un temperamento decidido y desenvuelto.

Después, transcurridos unos cinco minutos, fue cuando salió e hizo con la mano, desde el otro lado de la calle, el gesto convenido.

Christopher se apresuró a responder a su ademán y luego se dirigió al sótano, donde quedó a la espera…

Una breve espera.

Pero así que llegó Roger Molden, vio la más viva contrariedad reflejada en su expresión.

—¿Ha sucedido algo malo, señor?

—Creía poder dar con una pista. Ha sido inútil, Christopher. Aquí no hay quien aclare nada.

—Tal vez sea mejor para usted, señor. —Christopher había bajado la voz, posiblemente para que el muerto, desde el ataúd, no le oyera hacer tal comentario.

—Quizá sí. Pero no, yo no creo en muertos que vuelvan a la vida… ¡No puedo creer! ¡De ninguna de las maneras!

—¡Chiisst!… —Christopher puso el dedo índice sobre sus labios, rogándole silencio.

—Claro que —dijo Roger— a mí no me atañe directamente todo esto. Yo me iré de aquí, así que el entierro se haya verificado, y no creo que vuelva nunca.

El entierro tuvo lugar pocas horas después, mientras, de forma terriblemente patética, se preparaba el entierro de las tres víctimas.

—Vas a irte en seguida, ¿verdad, Doris? —preguntó Roger Molden a la muchacha.

—Sí —dijo ella—. Ya no puedo soportar más esta tensión.

—Ha sido horrible; no te falta razón.

—Y nada se ha averiguado…

—Ya se averiguará, no lo dudes. El sargento Booper no está dispuesto a cejar… Intentará dar con algún pasadizo que comunique con la habitación del sótano, y así podría empezar a explicarse el asunto… En fin, supongo que es cuestión de dedicarse concienzudamente al caso… Bueno, si tú vas a irte, yo te acompañaré.

—Ya has hecho bastante por mí. No debes molestarte.

—No va a ser ninguna molestia, te lo aseguro. ¿Quieres saber el motivo? Aún pálida y asustada, me sigues pareciendo una chica preciosa.

CAPÍTULO XI

De los últimos acontecimientos habían transcurrido ya cuarenta y ocho horas.

En el caserón de los Scott permanecía Martin. Sólo él y Christopher, que le atendía.

Judy no había vuelto a poner los pies allí. Permanecía en su modesta vivienda, junto al barranco, sin salir para nada.

Así estaba la situación cuando, aquella noche, de pronto, Judy se sintió muy nerviosa y asustada. Y no se le ocurrió otra solución mejor que ir a buscar a Martin, que, por el hecho de haber sido su amante, pensó que le ayudaría mejor que nadie.

Pero no se le ocurrió pensar que aquel amante podía estar odiándola y aborreciéndola con todas sus fuerzas. Deseándole la peor muerte del mundo. Deseándole una agonía como la que, por amor hacia ella, sentía él.

Pero no tuvo necesidad de llegar hasta el caserón. Por la parte trasera, bastante cerca de aquel cobertizo donde Anne fue asesinada, le vio…

—¡Martin!

Éste fingió no oírla.

Entonces, a través de las sombras de la noche, y de la niebla, Judy echó a correr hacia él.

—Martin… Martin…

No podía fingir que no la oía, estaba ya demasiado cerca, por lo que se volvió hacia ella. Pero sus movimientos fueron lentos, contenidos.

—¿Qué quieres de mí?…

La pregunta no pudo ser más áspera, ni más brusca. Quiso ser como un latigazo.

—Tiéndeme una mano, Martin. —El sofoco de Judy demostraba

a las claras que su alarma no tenía nada de falsa.

—¿Para qué quieres que te tienda una mano? —La menospreció—. ¿Para conseguir una nueva fortuna?… ¿O para encontrar un nuevo amante?… ¿O quizá para ambas cosas a la vez?

—Te lo ruego, Martin… No te burles de mí… Creo… creo que estoy en un grave aprieto…

—¿De veras? —Su indiferencia daba la sensación de ser total, absoluta.

—Sí, sí —afirmó—, y tú también lo sabes, o lo supones, o lo presientes. Lo cierto es —le hizo saber— que me he asustado dándole vueltas a lo que tú me dijiste.

—No recuerdo nada —pero no se tomó la molestia de mentir bien, así que, a sabiendas, mintió mal.

—Sí, lo recuerdas —dijo Judy—. Me preguntaste si estaba segura de si mi marido era rico…

—¡Ah, sí! Es verdad, te lo pregunté. ¿Y bien…?

—En primer lugar, ha habido alguien que me ha ayudado a heredar… —Su sofoco era cada vez mayor, se había convertido en un jadeo—. Sí, Martin, después de reflexionar, no puedo ya ponerlo en duda… Son hechos auténticos, concretos… Y ese alguien no ha sido tu abuelo, por dos razones fundamentales: está muerto y me odiaba…

—Razonas perfectamente —ironizó Martin—. Casi no pareces una chica guapa. Las chicas guapas suelen ser estúpidas.

—En segundo lugar, ahora que pienso en mi marido, en el modo como le conocí, en el trato que nos unió después, en la boda relámpago con que culminó su amor por mí, en fin, en todas las circunstancias que concurrieron… ¡Oh, Martin! Todo aquello tuvo algo de falso, de inconsistente… No me di cuenta entonces, pero me doy cuenta ahora…

—Desde luego, pareces muy asustada.

—Pocos, días después de nuestra boda, mi marido me dijo: «Debo ir a solucionar unos negocios. No puedo llevarte conmigo, cariño. Regresa a fu casa y espérame allí; me reuniré contigo dentro de unos días». Hazte cargo, Martin. Sus palabras no pudieron ser más inconsistentes, incluso inquietantes…

—No creo que haya para tanto.

—Sí, hay para tanto, y para más. Además, ahora que lo pienso,

me parece que mi marido iba disfrazado… Quiero decir que llevaba barba y gruesos bigotes, y gafas, que parecía no necesitar… Todo esto me estremece… Sobre todo, ahora que sé que alguien, no sé quién, me ha ayudado a heredar… Alguien que, para lograr ese objetivo, no se ha detenido ni siquiera ante el crimen… ¡Oh, Martin, estoy aterrada!

—Exageras…

—Sí, aterrada… —repitió—. Hicimos testamento… Lo de mi marido para mí y lo mío para él… ¿Te haces cargo, Martin? Pudo ser una trampa.

—Sí, sí, claro. —Pero demostraba más indiferencia cada vez.

—Y si ahora muriera yo, todo sería para él…

—Naturalmente.

—No me desampares, Martin. Hemos vivido juntos horas de maravilloso amor…

—¡Cállate! —Rugió, de pronto, no pudiendo ya contenerse por más tiempo—. ¡Cállate, maldita pécora! ¿Ahora me hablas de amor?… Es un poco tarde. Te has burlado de mí, como te burlaste de mi hermano mayor. Pero yo no me pegaré un tiro, pierde cuidado. Yo me limitaré a quedar a la expectativa… Y puesto que te has vendido por dinero…, ¡qué te aproveche el dinero de tu marido o que a él, si es que es un asesino, le aproveche el tuyo!

—Entonces, ¿tú también crees que es posible que haya relación…? —Temblaba de pies a cabeza, y se acercó a Martin, para encontrar un piadoso apoyo.

Pero él la rechazó con brusquedad, por lo que ella se quedó tambaleante.

—Sí, lo creo —respondió. Y añadió—: Creo, además, que no debes tenerle muy lejos. He visto merodeando a alguien alrededor de tu casa. Si intentas ir a buscar al sargento Booper, seguro que no llegas… Ya ves, hasta te prevengo…

—Ten piedad de mí —jadeó.

—Yo he podido telefonearle. Me refiero al sargento Booper, claro. Pero no, Judy, sería demasiado cómodo para ti. No te mereces tanta amabilidad por mi parte. Ya te las arreglarás como puedas.

—No, no… —Quiso cogerse a él.

Pero Martin la rechazó de nuevo, esta vez con tanta fuerza, que

Judy fue a parar al suelo.

Y desde el suelo vio cómo se alejaba de ella y se metía en el caserón, cerrando bien la puerta trasera.

También, desde el suelo, vio cómo una sombra merodeaba junto al barranco. No, no le había engañado Martin, era cierto.

Se levantó rápidamente y echó a correr.

Se encerraría en su casa. Atrancaría bien las puertas y las ventanas, y no abriría a nadie hasta que fuera pleno día. Entonces iría a buscar al sargento Booper, exponiéndole sus dudas y temores.

Pero dio un par de traspiés; no corrió tanto como quiso, se entretuvo un poco demasiado, y, cuando iba a encerrarse en su casa, cuando iba a considerarse segura, un pie firme, enérgico, se antepuso en el umbral de la puerta.

Allí estaba su marido.

Pero sin barba, sin bigote y sin gafas…

* * *

—Supongo que vas a dejarme pasar, ¿verdad, querida? No, no pareces muy complacida de verme… Resulta extraño, ¿no crees? Si estamos en plena luna de miel…

Empujó con fuerza la puerta, pues las manos de ella se resistían a que avanzara, y, quieras que no, penetró en la casa.

—¿Te sorprende verme sin barba, sin bigote y sin gafas? —preguntó—. Es que no quería que me reconocieras, si es que me veías por aquí… Si es que me veías de lejos… En cuanto a verme de cerca, ya me he encargado yo de que eso no sucediera hasta el momento oportuno…

Judy sentía muy seca la boca, y la lengua angustiosamente pegada al paladar. Quería disimular y no podía.

El hombre la cogió por una mano y, rudamente, la llevó hacia el interior de la vivienda. Una vez allí, la soltó. Y sin necesidad de esperar a más, dijo:

—Veo, por tu cara asustada, que sabes a qué vengo. Desde luego, no debes confiar en que me dé un ataque al corazón. La verdad es que mi corazón anda perfecto. Si dije lo contrario era para justificar mi apremiante deseo de hacer testamento a tu favor, mi ansia de llevarte a la casa del notario. —Y remachó—: Sí, veo, por tu cara asustada, que estás temiendo que te mate.

—No, no —negó, con precipitación.

Abría los ojos, con un inusitado pavor reflejado en ellos. Un pavor que la traicionaba.

—Vengo a matarte, Judy —sentenció el hombre, y sacó algo de su cinto—. Lo haré con este cuchillo, que es el del viejo Scott. Así parecerá que ha sido él quien te ha eliminado, como eliminó a los otros. No lo sabes, pero voy a decírtelo… Acabo de quitar la losa que cubre su nicho, he abierto su ataúd y le he cogido el cuchillo… Una vez te haya matado, se lo devolveré…

Judy iba retrocediendo pasos. Uno tras otro.

—La gente de por aquí lo creerá… Y el sargento Booper, finalmente, influido por el ambiente, acabará cerrando el caso sin llegar a saber la verdad, aceptando los argumentos que los demás darán como buenos…

Judy volvió a retroceder un par de pasos. Esta vez tropezó con la pared, donde su espalda quedó clavada.

Se sentía acorralada. Lo que venía a significar que casi se veía ya muerta. Esto le dio ánimo para decir:

—Si no te vas ahora mismo, gritaré con todas mis fuerzas. Tengo buena voz y…

—Apenas abras la boca, te parto el corazón en dos… O en tres, o en cuatro… A tu gusto. Por mí no ha de quedar la cosa. Pero si eres lista, no intentarás gritar. ¿A qué morir ahora mismo, si puedes vivir aún unos minutos más?

—No comprendo quién eres, ni cómo has podido llegar a actuar del modo que lo has hecho, ni qué métodos han sido los tuyos para saber… —hablaba para ganar tiempo, sólo para eso. Pero ¿le iba a servir de algo?—. Cuéntamelo todo, antes de matarme.

—¿Sientes curiosidad?

—Sí, claro… —La pared estaba fría, y su frialdad se mezclaba con el sudor pegajoso de su espalda.

—Voy a complacerte. ¿Por qué no, cariño?… —Y añadió—: El criado de los Scott, Christopher, te diría, si me viera… «¡Si es Warren Gementton!». Sí, soy yo… Pero éste no es mi nombre, es sólo el nombre que utilicé durante una temporada, hace años, cuando pretendía a una muchacha de por aquí. El mío verdadero se me antojó demasiado vulgar. Una tontería por mi parte, casi una chiquillada, pero que ahora me sirve de perlas… Mi verdadero

nombre es el que me ha unido legalmente a ti… Así que no habrá dificultades; cuando mueras, yo cobraré todo tu dinero… Todos me creen en otro lugar, así que…

—Tú no tienes dinero, ¿verdad? —Hipó.

—Sólo tenía unos cuantos cientos de libras, que me he visto obligado a gastar para impresionarte, para deslumbrarte a ti, para hacerte creer que era fabulosamente rico, Buenos trajes, un magnífico coche, los mejores restaurantes, las más lujosas salas de fiesta…

—¡Basta ya! —exclamó, de pronto, la voz del sargento Booper, y, súbitamente, apareció él, y dos de sus hombres, ante ellos. Hasta entonces habían permanecido escondidos en una de las habitaciones colindantes—. Queda usted detenido.

Warren Gementton se quedó lívido. Pero era un hombre que sabía controlar sus resortes emocionales. Por lo que, instantes después, dueño ya de una absoluta serenidad, decía, con su peculiar voz de inflexiones metálicas:

—No puede acusarme de ninguna muerte, sargento. Estuve jugando a las cartas toda aquella noche, y tengo testigos de ello. Varios testigos. Todos los que usted desee.

—Ya lo sé —admitió el sargento Booper—. Pero, de momento, le detengo, acusado de violar tumbas y de amenazar de muerte a una mujer, a su esposa… Por el momento es bastante, ¿no cree?

—Tal vez sí —admitió Warren Gementton—, pero su plan tiene un inconveniente. El grave inconveniente de que ni usted, ni sus dos hombres, van a salir de aquí… Se comprende: me estoy refiriendo a salir con vida.

—No sea iluso. La ley es inexorable…

—Si yo no hubiera tenido ciertas garantías a mi favor, hágase cargo, sargento, no me hubiera presentado aquí, jugándomelo todo a una sola carta.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó el sargento, algo amoscado, al darse cuenta de la serena frialdad de aquel hombre.

—Dígame antes: ¿Qué le ha hecho esconderse aquí y esperar al culpable? Una deducción muy acertada, de la que no le creía capaz; no se moleste por ello.

—Si estoy aquí —reconoció el sargento— no se debe a ninguna deducción propia, ni a ninguna sospecha en concreto. Por lo menos,

por lo que a mí respecta.

—¿Entonces…? —quiso saber.

—Sinceramente, el señor Molden, Roger Molden, me aconsejó, antes de marcharse, que lo hiciera así… Me dijo que podía darme buenos resultados. Y como sea que la idea no me pareció nada mala, aquí me tiene… Y no espere escapar, no va a serle fácil…

—¿De veras que no? —Y ahora fue la voz de Christopher la que se dejó oír tras el sargento y sus hombres—. Suelten sus armas inmediatamente.

Habían girado, y vieron cómo el viejo sirviente llevaba entre sus maños nada menos que una metralleta, con una escalofriante carga de balas colgando.

—Para las gentes ignorantes de aquí —puntualizó Christopher, cuyos ojos relucían de maldad— basta un cuchillo y un muerto que pueda salir de su ataúd… Pero para quienes se muestran remisos a aceptar tales tesis, tales hipótesis, un arma moderna es mucho más adecuada… ¡Repito, suelten inmediatamente las armas o aprieto el gatillo y les siego a todos a balazos!

—¿Usted? —El sargento no pudo ocultar su asombro—. ¿Usted, Christopher?

Había soltado su pistola, y sus hombres le habían imitado. No les quedaba otra alternativa.

CAPÍTULO XII

—Yo, sí —afirmó Christopher, y en sus ojos se mezclaba el brillo de la maldad con el del triunfo—. Un viejo que al final de su vida va a lograr lo que siempre ha ambicionado…

—Explíquese mejor.

—¿Por qué no?… —Christopher daba por seguro que ninguno de sus enemigos iba a salir con vida—. ¿Por qué no darles ese gusto?… Va a ser el último que la vida les conceda.

Estas palabras, recargadas de amenaza, dieron paso al relato de los hechos.

—Cuando Warren Gementton, a sus veinte años, se enamoró de la hija menor del señor Scott —empezó diciendo Christopher—, y éste se negó a aquellas relaciones, yo odié a mi amo con toda mi alma. Y juré que la fortuna que les separaba, algún día haber de ser mía… Mía y de Warren Gementton, que no era un extraño para mí… No, no lo era… ¡Era mi propio hijo!

—¿Cómo? —se asombró el sargento Booper.

—En mi juventud —siguió diciendo Christopher— conocí y traté íntimamente a una muchacha campesina… Pero no llegué a casarme con ella porque, por aquel entonces, cometí un acto delictivo, y fui a parar a la cárcel. La muchacha creyó que la había abandonado, y le dio su apellido al hijo que conmigo había engendrado. Cuando salí de la cárcel y fui a buscarla, me enteré que había muerto. Entonces decidí dejar al pequeño con su abuela… En fin, que yo vine a esta localidad, y encontré un empleo en la casa del señor Scott. Y es aquí donde vino a buscarme mi propio hijo, años después… Y fue entonces cuando se enamoró de una de las hijas de mi amo…

Otra pausa.

—Menospreciado por su pobreza, mi hijo tuvo que marcharse de

aquí, no sin antes darse el gusto de plantarse en medio de la calle, y gritar que volvería a vengarse… Pero había dicho llamarse Warren Gementton, no había dicho que yo era su padre… Así que yo pude quedarme como si nada hubiera sucedido… Y durante todos estos años no he hecho otra cosa que almacenar odio, y jurarme, una y otra vez, que el dinero de los Scott tenía que acabar siendo nuestro… Y llegó mi ansiada oportunidad cuando mi amo se sintió enfermo y se le ocurrió redactar un testamento en los términos que ustedes ya saben… Mi amo me leyó las cláusulas, riéndose… Y yo también empecé a reírme…

Otra nueva pausa.

—Tenía el tiempo a mi favor, así que lo preparé todo, sin precipitaciones. Lo primero que hice, claro está, fue un pasadizo que desembocara en el cuarto del sótano… Esto resultaba básico… Necesitaba, sobre todo, que ni Doris, ni Martin, ni George soportaran aquellas ocho horas, a solas y a oscuras, con el cadáver de mi amo… Para eso necesitaba poder asustarles en la medida conveniente, haciendo ver que el cadáver desaparecía, por ejemplo… Mientras tanto, por descontado, mi hijo y yo nos pusimos de acuerdo en todo. De ello que mi hijo buscara a Judy, y se casara con ella, lo más rápidamente posible. Todo salió bien, estuvo perfectamente planeado… Pero siempre surgen inconvenientes, y uno de éstos fue que George no fuera tan miedoso como yo me había imaginado… Así que tuve que matarle… Lo mismo sucedió con Anastasia y Anne, aunque por distintos motivos… Tuve que acabar con sus vidas, porque habían averiguado la existencia del pasadizo… Me prometieron callar, no delatarme, ponerse de mi parte, pero creer en ellas resultaba demasiado arriesgado. Y esto es todo, sargento Booper.

—No todo —repuso éste—, porque usted, por lo visto, daba por descontado que yo, obsesionado por el ambiente de esta localidad, y por las supersticiones de sus gentes, y asimismo por los razonamientos que usted mismo me ofrecía, terminara creyendo que el muerto era el culpable de todo. Para eso, para remover y actualizar el pasado, es para lo que, sin duda, hizo regresar a su hijo, después de tantos años, y para eso se tomó la molestia de matar siempre con el cuchillo del abuelo… Para así impresionar a todos…

—Exactamente —corroboró Christopher.

—Pero no contó usted —dijo el sargento Booper— conque yo no soy fácil de sugestionar. Por la sencilla razón de que no creo en supercherías de ninguna clase… Puede que no sea un policía muy inteligente, ni muy sagaz, pero de eso a tragarme un anzuelo tan grande…

—¡Basta ya! —Interrumpió Warren Gementton, y nunca su voz, como ahora, tuvo inflexiones tan metálicas—. No conduce a nada seguir hablando… Por lo menos, no nos conduce a nada a nosotros… —Y dirigiéndose a su padre—: Hay que acabar con todo ahora mismo… Dame la metralleta a mí; pesa demasiado para tus años…

Christopher se dispuso a dársela, atento, no obstante, a los menores movimientos del sargento y de sus hombres, Pero en eso, de pronto, se dio cuenta de que alguien había abierto la puerta de la casa, deslizándose dentro, con todo sigilo.

Se trataba de una sola persona…

Pero esto él no lo sabía; sólo supo que Roger Molden se abalanzó velozmente sobre él, sacudiendo la metralleta, haciendo que fuera a parar a un extremo de la estancia.

Ante esta violenta e inesperada acometida, fue Warren Gementton quien se encaró con el joven. Único modo de poder hacerse nuevamente con la metralleta.

Pero Roger Molden le propinó un derechazo en el mentón, dándole luego un fulminante rodillazo en el estómago. Le hizo doblarse como si fuera de cera.

Instantes después habían intervenido ya el sargento Booper y sus hombres. La situación, sin necesidad de más, quedaba ya favorablemente resuelta.

—Me costó poco desconfiar de usted, Christopher —le dijo Roger Molden, al poco—. En realidad, usted mismo se delató… El día que abrió el mueble-bar del despacho, y se dispuso a servir *whisky* para todos, se equivocó de botella, ¿lo recuerda?… Pues su error me dio qué pensar… Si se había equivocado de botella era que la vista le fallaba bastante. De lo contrario, por nervioso que estuviera, no hubiera cometido tal fallo… Entonces me dije: Si la visión le flaquea, ¿cómo es que, desde la ventana de la casa, en un atardecer y con bastante niebla, reconoció a Warren Gementton,

que llegaba en un coche?… Evidentemente, porque sabía que iba a llegar. Así pues, usted y él estaban de acuerdo. Pero no quise precipitarme en mis juicios, y esperé corroborar mis sospechas… Por eso, el otro día, le dije que se quedara en la ventana, y que correspondiera con un gesto al que yo le haría con la mano, desde el otro extremo de la calle… Y falló usted, Christopher, porque se fió de mi indumentaria, pantalones de color gris claro y americana a cuadros… En realidad, la persona que salió y le hizo el gesto convenido no era yo… Era alguien a quien pagué, un simple cliente… Sólo que, claro está, salió con mis ropas… Entonces me quedó demostrado que usted, a distancia, no veía bien el rostro de una persona… Y si no veía bien el mío, menos podía haber reparado debidamente en uno que hacía tantos años que no veía… Volví, pues, a mi idea… Usted y Warren Gementton estaban de acuerdo… Llegando a esta deducción, lo demás no ha resultado difícil.

—¡Lástima que el loco no acabara con su vida! —Masculló Christopher—. Le dije que era usted el forastero que violó a su hija y quería quitarle de en medio… Desde el primer momento le vi cara de entrometido…

CAPÍTULO XIII

La mejor librada había sido Judy, ya que, en definitiva, toda la fortuna iría a parar a sus manos.

De ello que, así que su casa quedó vacía de unos y otros, de buenos y malos, sintiera el deseo de salir fuera y de mirar hacia las estrellas, si es que alguna brillaba en el cielo.

A fin de cuentas, todo le había salido perfectamente. Otros habían matado para su propio lucro. Ella acabaría siendo una mujer rica, y empezaría una nueva vida, en Londres, como siempre había soñado. Una vida llena de lujos y privilegios.

—Aún es pronto para soñar…

Oyó la voz, así que estuvo cerca del cobertizo. Se quedó de una pieza, y decir horrorizada sería decir poco… Hubiera jurado que aquella voz era la del viejo Scott.

Tanto miedo, tanto pavor la acometió, que, de momento, ni acertó a girarse.

—Tan excéntrico testamento no tenía como finalidad que acabaras heredando tú…

¡Sí, era la voz del viejo Scott!

Encontró fuerzas para volverse. No, allí no había nadie.

Además, el viejo Scott estaba muerto y enterrado.

Claro que, enterrado del todo, no… Acababa de recordar que Warren Gementton le había dicho que había sacado la losa de su nicho y que había abierto el ataúd…

El cementerio estaba cerca. Muy cerca. Judy pensó que podía ir a ver…

Así se tranquilizaría. No tenía sentido que oyera la voz de un muerto. Los muertos no hablan. Ella no era una supersticiosa, como las gentes de allí.

Llegó al cementerio y buscó, a la luz de una luna que, de puro

pálida, semejaba muerta, el nicho… Sí, allí estaba… Lo localizó con suma facilidad.

Pero no había de recobrar su tranquilidad. Todo lo contrario. El ataúd estaba vacío. ¿O acaso se lo parecía a ella, ya que, en Verdad, no se atrevía a acercarse demasiado?

De todos modos, razonó, no podía ser la voz del viejo Scott. Tal vez había oído la de Martin.

Había recordado que Martin tenía una voz muy parecida a la del abuelo.

—No puedes vivir —volvió a dejarse oír la voz— y disfrutar de nuestra fortuna. Sería un escarnio para los Scott…

Esta vez se volvió, rápida.

¡No había nadie! ¿O acaso, quien fuera, se escondía entre las tumbas?

—¿Quién me habla?… —acertó a inquirir, pero toda ella trémula como una condenada a la última pena—. ¿Es usted, señor Scott? ¿O eres tú, Martin?…

No había de llegar a saberlo.

Sólo llegaría a saber que vio brillar un descomunal cuchillo de cocina, y que éste se hundió implacablemente en su espalda, una y otra vez, ensañándose, hasta que dio fin con su vida.

Pero a este nuevo asesino le quedaba aún una baza por sortear.

La presencia de Roger Molden, que a última hora había presentido que aún no había acabado aquella horrenda pesadilla.

Le encontró de frente, cuando apenas había acabado con Judy. No, no había tenido tiempo de huir de allí. Estaba descubierto.

—Dese por detenido… —Roger Molden pronunció secamente estas breves palabras.

—Que yo sepa —la voz le salió ronca—, usted no es el sargento Booper.

—Para el caso, como si lo fuera.

—¡Déjeme pasar!

—Ni soñarlo…

—Parece no darse cuenta de que llevo un cuchillo en la mano. Una inestimable ventaja…

—Que no va a servirle de mucho —le interrumpió.

—¡Eso vamos a verlo! —barbotó.

—Cuando usted guste…

Martin Scott, pues se trataba de él, se dispuso a descargar un furibundo golpe de cuchillo, pero se sintió férreamente cogido por la muñeca, y, tras un breve forcejeo, se vio obligado a soltar de su mano el arma blanca.

Ya en iguales condiciones, los recursos de Roger Molden se hicieron notar de manera manifiesta. Por lo que, breves instantes después, Martin yacía desplomado en el suelo, sin fuerzas siquiera para levantarse.

Como sea que apareciera entonces el sargento Booper, el joven se limitó a decirle:

—Se lo cedo. Ya no es cosa mía.

* * *

—Tienes que esforzarte por olvidar —dijo Roger Molden, que llevaba entre sus manos el volante del coche.

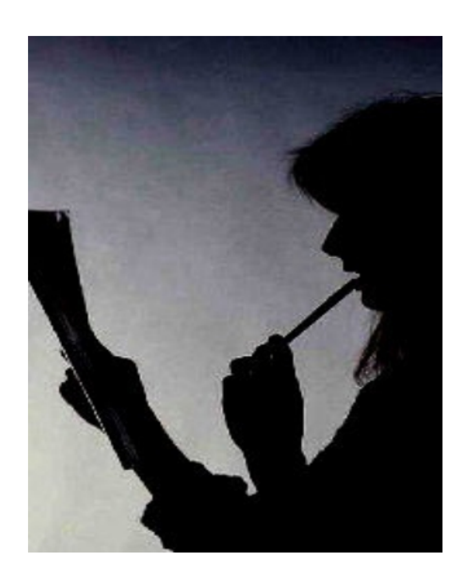
—Sí, voy a intentarlo —respondió la muchacha.

—Yo te ayudaré, Doris.

—¿Por qué?… —Intentó esbozar una sonrisa, en medio de su bonito rostro, muy triste—. ¿Porque te sigo recordando a aquella chica, la de los *whiskys* dobles?

—No es por eso. Es por algo mucho más importante —lo dijo con un tono impresionantemente serio, casi solemne—. ¿Sabes? Desde que te conozco ya no pienso con agrado en las otras… En ninguna de las otras… Ni en la de los *whiskys*…

FIN



Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primer apellido.